

LA VIGA EN EL OJO

**"Aprendiendo
a ver la
realidad
desde la luz
del Reino"**



OSVALDO REBOLLEDA

LA VIGA

EN

EL OJO

“Aprendiendo a ver la realidad desde la luz del Reino”.



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD - IA -**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
¿Realmente Jesús prohibió juzgar?.....	10
Capítulo dos:	
Todo comienza por los ojos.....	18
Capítulo tres:	
Cuando la manera de ver está enferma.....	26
Capítulo cuatro:	
La mayor viga fue la religión.....	35
Capítulo cinco:	
Las vigas de nuestra generación.....	43
Capítulo seis:	
La justicia del Reino no lleva ojos vendados.....	53
Capítulo siete:	
Jesús: el hombre que veía como nadie.....	61
Capítulo ocho:	
El Espíritu Santo cambia nuestra visión.....	71

Capítulo nueve:	
Una Iglesia que vuelve a ver	80
Capítulo diez:	
Quitar la paja del ojo ajeno	90
Conclusión	99
Reconocimientos	105
Sobre el autor	107



INTRODUCCIÓN

Vivimos en una generación que nunca tuvo tanto acceso a la información y, paradójicamente, nunca estuvo tan expuesta a la confusión. Nunca antes la humanidad habló tanto, escribió tanto, publicó tanto ni expresó con tanta facilidad todo lo que piensa.

Cada teléfono móvil se convirtió en una plataforma de opinión; cada red social, en un tribunal permanente; cada acontecimiento, por pequeño que sea, genera miles de interpretaciones antes de que los hechos terminen siquiera de desarrollarse. Pareciera que la velocidad con la que emitimos juicios se ha convertido en una virtud, cuando en realidad muchas veces revela la pobreza de nuestra capacidad para discernir.

Las opiniones viajan hoy más rápido que la verdad. Las emociones suelen imponerse sobre la reflexión, y las apariencias gobiernan con frecuencia por encima de la realidad. La sociedad se acostumbró a formar conclusiones con apenas unos segundos de información, a etiquetar personas sin conocer sus historias y a construir sentencias definitivas sobre evidencias parciales. Vivimos en una cultura donde mirar ya no significa necesariamente ver, y donde conocer datos suele confundirse con comprender la verdad.

Esta dinámica no ha permanecido fuera de la Iglesia. Sería ingenuo pensar que el pueblo de Dios está completamente inmunizado frente a una manera de pensar que impregna todos los ámbitos de la vida contemporánea.

Los creyentes también estamos expuestos al bombardeo permanente de imágenes, noticias, comentarios y debates que moldean silenciosamente nuestra manera de interpretar la realidad. Muchas veces reaccionamos antes de discernir, respondemos antes de escuchar, corregimos antes de comprender y emitimos juicios antes de haber permitido que el Espíritu Santo ilumine nuestro entendimiento.

No resulta extraño entonces que uno de los pasajes más citados por nuestra generación sea precisamente aquel donde Jesús dijo: ***“No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1)***. Con frecuencia estas palabras son utilizadas como un argumento definitivo para silenciar cualquier evaluación moral o espiritual. Pareciera que el mayor pecado de nuestro tiempo consiste en emitir un juicio, mientras que el discernimiento bíblico ha quedado reducido a una especie de intolerancia religiosa. Sin embargo, basta recorrer el resto de las Escrituras para descubrir que Jesús jamás prohibió el discernimiento. Por el contrario, ordenó ejercerlo correctamente.

El mismo Señor declaró más adelante: ***“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio” (Juan 7:24)***. Estas palabras plantean una pregunta inevitable. Si en Mateo parece decir que no juzguemos y en Juan ordena

juzgar justamente, ¿existe realmente una contradicción? Evidentemente no. El problema nunca fue el juicio en sí mismo. El problema siempre fue el estado de los ojos desde donde ese juicio nace.

Jesús comprendía que toda evaluación de la realidad depende primero de la manera en que esa realidad es percibida. Ninguna persona interpreta los hechos de forma completamente objetiva. Todos miramos a través de una especie de lente invisible construido por nuestras experiencias, nuestras heridas, nuestros aprendizajes, nuestros temores, nuestras expectativas y también por nuestras convicciones espirituales. Antes de mirar el mundo, el mundo ya ha ido moldeando silenciosamente nuestra manera de mirar.

Por esa razón el Señor utilizó una imagen extraordinariamente gráfica cuando habló de una viga alojada en el ojo. No escogió esa ilustración por casualidad. Una viga no es un pequeño obstáculo; es una enorme estructura que altera completamente la visión. Mientras una persona intenta quitar la diminuta paja del ojo ajeno, ignora que ella misma contempla toda la realidad a través de una deformación mucho mayor.

Durante años hemos leído ese pasaje como una simple exhortación moral contra la hipocresía, y ciertamente la incluye. Pero quizá Jesús estaba revelando algo todavía más profundo. Antes de hablar de nuestra conducta, estaba hablando de nuestra percepción. Antes de corregir nuestras

palabras, estaba confrontando nuestra manera de ver. Porque el verdadero problema nunca comienza en la boca; comienza en los ojos. Todo lo que finalmente sale de nuestros labios primero fue procesado por nuestra forma de interpretar la realidad.

La Biblia presenta constantemente la visión espiritual como uno de los grandes temas del Reino de Dios. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis encontramos hombres cuyos ojos fueron abiertos y otros cuyos ojos permanecieron velados. Eva vio el fruto bajo una perspectiva equivocada; los espías contemplaron la misma tierra prometida, pero regresaron con conclusiones completamente distintas.

Eliseo pidió que el criado pudiera ver los ejércitos celestiales que ya estaban presentes; Bartimeo recuperó la vista y con ella comenzó a seguir a Jesús; los discípulos de Emaús caminaron junto al Señor resucitado sin reconocerlo hasta que sus ojos fueron abiertos. En todos esos relatos el verdadero conflicto nunca fue simplemente la información disponible, sino la capacidad para percibir correctamente aquello que Dios estaba mostrando.

Algo semejante ocurre hoy. Dos personas pueden asistir al mismo acontecimiento, escuchar el mismo mensaje, observar la misma situación y llegar a conclusiones totalmente opuestas. No porque la realidad haya cambiado, sino porque los ojos desde donde la observan son distintos. La diferencia no está solamente en aquello que contemplan, sino en aquello con lo que contemplan.

Quizá nunca había sido tan urgente recuperar una visión espiritual sana. El mundo necesita creyentes capaces de discernir más allá de las apariencias, de distinguir entre síntomas y causas, entre emociones y verdad, entre información y revelación. Necesita hombres y mujeres cuya mirada haya sido purificada por la luz de Cristo para juzgar justamente, amar profundamente y servir con sabiduría.

Este libro nace precisamente con ese propósito. No pretende enseñar a los cristianos a dejar de pensar ni a renunciar al discernimiento. Tampoco busca fomentar una actitud crítica permanente hacia los demás. Su objetivo es mucho más profundo: conducirnos nuevamente al lugar donde el Espíritu Santo transforma nuestra manera de ver.

Porque solamente cuando la luz del Reino ilumina nuestros propios ojos desaparecen las vigas que distorsionaban la realidad. Y únicamente entonces estaremos en condiciones de ayudar a otros con la gracia, la verdad y la misericordia con que Cristo nos ayudó primero.

Al fin y al cabo, el gran desafío no consiste simplemente en aprender a mirar mejor. El verdadero desafío consiste en permitir que Dios sane nuestros ojos para que podamos contemplar el mundo desde Su propia perspectiva. Porque cuando la visión cambia, también cambian nuestros juicios; cuando los juicios cambian, cambian nuestras acciones; y cuando nuestras acciones son transformadas por la luz del Reino, la Iglesia vuelve a convertirse en aquello para lo cual fue llamada: “la luz del mundo”.

Capítulo uno

¿REALMENTE JESÚS PROHIBIÓ JUZGAR?

Pocas expresiones pronunciadas por Jesús han sido tan repetidas y, al mismo tiempo, tan mal interpretadas como aquella que encontramos al comienzo del Sermón del Monte: ***“No juzguéis, para que no seáis juzgados”*** (Mateo 7:1). Estas palabras se han convertido en una especie de consigna universal.

Son citadas tanto por creyentes como por incrédulos, por personas comprometidas con la fe y por quienes jamás han abierto una Biblia. Curiosamente, muchos que desconocen casi por completo las enseñanzas de Cristo conocen perfectamente este versículo y lo utilizan como un escudo frente a cualquier observación sobre su manera de vivir.

Estamos inmersos en una cultura donde toda evaluación suele confundirse con condenación. Cualquier llamado al arrepentimiento puede ser considerado intolerancia; toda exhortación fraternal es interpretada como falta de amor, y cualquier intento de discernir entre la verdad y el error termina siendo etiquetado como una actitud

juzgadora. El resultado de esta interpretación superficial ha sido una Iglesia que, por temor a parecer severa, muchas veces ha renunciado a una de las capacidades espirituales más necesarias: “el discernimiento espiritual”.

Sin embargo, cuando leemos cuidadosamente el contexto de las palabras de Jesús, descubrimos que Él no estaba prohibiendo el juicio, sino denunciando una manera corrupta de ejercerlo. Toda interpretación aislada del resto de las Escrituras termina produciendo conclusiones equivocadas, porque el Espíritu Santo nunca inspira una verdad que contradiga otra verdad previamente revelada.

Si Cristo hubiera querido prohibir toda forma de juicio, entonces habría entrado en contradicción con numerosas enseñanzas bíblicas, e incluso consigo mismo.

Basta avanzar unos capítulos dentro del mismo Evangelio para encontrar al Señor enseñando algo que, a primera vista, parece exactamente lo contrario: “**No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio**” (Juan 7:24). Observemos cuidadosamente la construcción de esta frase.

Jesús no dijo: “No juzguen”. Dice: “**No juzguen según las apariencias**”. Luego añade una orden positiva: “**Juzguen con justo juicio**”. Es decir, el problema nunca fue emitir un juicio, sino hacerlo desde una percepción superficial.

Esto cambia completamente nuestra comprensión del pasaje. Cristo no elimina el juicio; elimina la injusticia en el juicio. No condena la capacidad de discernir; condena la deformación del discernimiento. No rechaza la evaluación espiritual; rechaza la evaluación nacida de una visión contaminada.

Desde el principio de las Escrituras observamos que Dios espera de Su pueblo la capacidad de distinguir correctamente. La creación misma está organizada sobre la base de separaciones. Dios separó la luz de las tinieblas, las aguas de arriba de las aguas de abajo, el día de la noche, lo santo de lo común.

El Reino siempre requiere discernimiento. La madurez espiritual nunca consiste en eliminar las diferencias, sino en aprender a reconocerlas correctamente. Por eso el autor de la carta a los hebreos afirma:

“Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”.

Hebreos 5:14

Resulta significativo que no diga simplemente que poseen conocimiento bíblico, sino que tienen los sentidos ejercitados. El discernimiento no es únicamente una acumulación de información doctrinal; es una sensibilidad espiritual desarrollada por una vida de comunión con Dios. La palabra utilizada aquí transmite la idea de una capacidad

entrenada, afinada mediante la práctica constante de caminar con el Señor.

Esto explica por qué personas con amplios conocimientos teológicos pueden cometer enormes errores de percepción espiritual, mientras creyentes sencillos, profundamente dependientes del Espíritu Santo, son capaces de ver con claridad aquello que otros pasan por alto. La verdadera visión no nace únicamente del estudio, aunque el estudio sea indispensable; nace de una mente renovada y de un corazón iluminado por la presencia de Dios. Pablo desarrolla esta misma idea al escribir a los corintios:

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura... En cambio, el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie.”

1 Corintios 2:14 y 15

Este texto resulta imposible de armonizar con la idea de que Jesús prohibió todo juicio. El apóstol afirma precisamente lo contrario: el hombre espiritual juzga todas las cosas. Evidentemente, Pablo no está promoviendo una actitud crítica permanente ni una superioridad moral sobre los demás. La palabra “juzga” utilizada aquí habla de discernir, evaluar, examinar y comprender espiritualmente aquello que el hombre natural es incapaz de percibir.

El creyente lleno del Espíritu no deja de evaluar la realidad; aprende a hacerlo desde una dimensión diferente.

Mientras el hombre natural interpreta los acontecimientos únicamente a través de sus sentidos, sus emociones y su razonamiento, el hombre espiritual incorpora una nueva fuente de comprensión: “la revelación del Espíritu Santo”.

Este principio atraviesa toda la Escritura. Dios nunca pretendió formar un pueblo ingenuo, incapaz de distinguir la verdad del error. Al contrario, constantemente llama a Sus hijos a desarrollar una percepción espiritual madura. El apóstol Juan escribe:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios.”

1 Juan 4:1

¿Cómo podría obedecerse este mandato sin ejercer juicio? Probar implica evaluar. Discernir exige comparar. Examinar requiere formular conclusiones. El problema no está en hacerlo, sino en los criterios utilizados para hacerlo.

La Iglesia primitiva comprendía perfectamente esta responsabilidad. No aceptaba toda enseñanza sin analizarla, ni toda manifestación espiritual sin examinar su origen. Los apóstoles sabían que la verdad debía ser protegida mediante un discernimiento permanente. El amor nunca fue presentado como un sustituto del discernimiento, sino como el ambiente en el cual el discernimiento debía ejercerse.

En realidad, el amor sin discernimiento termina convirtiéndose en permisividad, mientras que el

discernimiento sin amor degenera en dureza religiosa. El Reino de Dios jamás sacrifica uno para conservar el otro; ambos caminan inseparablemente porque proceden del mismo Espíritu.

Aquí comenzamos a comprender por qué Jesús fue tan severo con los fariseos. Ellos emitían juicios erróneos continuamente. Analizaban conductas, interpretaban la Ley, evaluaban personas y pronunciaban sentencias religiosas casi a diario. Su problema no era la frecuencia con la que juzgaban, sino el lugar desde donde lo hacían. Sus ojos estaban llenos de presupuestos, tradiciones y prejuicios que deformaban completamente la realidad.

Miraban el sábado, pero no veían al Señor del sábado. Miraban el pecado, pero no veían al pecador que necesitaba gracia. Miraban la enfermedad, pero no contemplaban la oportunidad para la manifestación de la gloria de Dios. Miraban la Ley, pero habían perdido de vista al Legislador. Sus juicios parecían impecables desde el punto de vista religioso, pero estaban profundamente alejados del corazón del Padre.

Quizá aquí encontramos una de las mayores advertencias para la Iglesia contemporánea. Es posible conocer mucha Biblia y, aun así, mirar equivocadamente. Es posible defender doctrinas correctas mientras se contempla la realidad desde una perspectiva profundamente distorsionada. Es posible creer que se está defendiendo la verdad cuando,

en realidad, se está defendiendo una interpretación moldeada por las propias vigas interiores.

Por eso Jesús comienza hablando de la viga antes de hablar de la paja. Antes de corregir nuestra manera de actuar, confronta nuestra manera de ver. Antes de examinar la conducta ajena, nos invita a permitir que la luz de Dios examine aquello que condiciona nuestra percepción.

El verdadero peligro no consiste en emitir un juicio equivocado de vez en cuando. El verdadero peligro consiste en vivir convencidos de que vemos correctamente cuando, en realidad, nuestros ojos llevan años observando la realidad a través de una estructura interior que jamás ha sido expuesta a la luz del Espíritu Santo.

Todo juicio nace de una mirada, y toda mirada nace de un corazón. Por eso Jesús enseñó que ***“la lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz”*** (Mateo 6:22). El problema nunca comienza en las palabras que pronunciamos sobre los demás; comienza mucho antes, en la condición espiritual de nuestros propios ojos.

A medida que avancemos en este libro descubriremos que la gran preocupación de Cristo no era producir personas incapaces de juzgar, sino discípulos capaces de ver como Él veía. Porque solamente quien contempla la realidad desde la perspectiva del Reino puede ejercer un juicio que produzca

restauración en lugar de condenación, verdad en lugar de prejuicio y misericordia en lugar de orgullo.

Así comprendemos la tesis que sostendrá todo este recorrido: Dios no condena el juicio; condena el juicio nacido de una mirada deformada. Y esa deformación no comienza en la mente, sino mucho más profundamente, en aquellos lugares del corazón donde todavía existen vigas que impiden que la luz del Reino ilumine plenamente nuestra manera de ver.



Capítulo dos

TODO COMIENZA POR LOS OJOS

Si alguien preguntara cuál es el verdadero tema de la Biblia, probablemente recibiría respuestas muy diversas. Algunos hablarían del amor de Dios, otros de la redención, otros del Reino, otros del pacto eterno revelado en Cristo. Todas esas respuestas contienen una parte de la verdad. Sin embargo, existe un hilo silencioso que atraviesa toda la Escritura y que muchas veces pasa inadvertido: “Dios siempre ha estado interesado en restaurar la capacidad del hombre para ver”.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la historia de la redención puede contemplarse como la historia de unos ojos que fueron oscurecidos por el pecado y que, poco a poco, son iluminados nuevamente por la revelación de Dios. El conflicto nunca fue únicamente moral; fue también perceptivo. La caída no solamente afectó la voluntad del ser humano; afectó profundamente su manera de interpretar la realidad. Quizá por eso Jesús dedicó tanto tiempo a hablar de los ojos. Mucho antes de mencionar la viga, ya había dicho en el mismo Sermón del Monte:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?”

Mateo 6:22 y 23

Estas palabras suelen interpretarse como una referencia moral, pero contienen una profundidad mucho mayor. Jesús está enseñando que el estado del ojo determina el estado de toda la persona. La calidad de nuestra visión condiciona la calidad de nuestra vida. Lo que vemos termina moldeando lo que pensamos; lo que pensamos influye sobre lo que creemos, y lo que creemos finalmente dirige la manera en que vivimos.

Por eso el enemigo nunca ha necesitado cambiar la realidad para destruir al hombre. Le basta con alterar su manera de verla. Esta estrategia aparece desde las primeras páginas de la Biblia.

Cuando la serpiente se acercó a Eva en el huerto, no comenzó ofreciendo el fruto. Antes modificó su percepción. Introdujo una nueva interpretación acerca de Dios. Insinué que el Creador ocultaba información, que sus intenciones no eran completamente buenas y que la obediencia representaba una pérdida en lugar de una protección.

Solo después de haber sembrado esa nueva perspectiva ocurrió algo que el relato bíblico describe cuidadosamente.

***“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer,
agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la
sabiduría; y tomó de su fruto y comió...”***

Génesis 3:6

Resulta significativo que el texto diga primero: ***“vio la mujer”***. El fruto siempre había estado allí. El árbol no había cambiado. Lo que cambió fue la manera de contemplarlo.

Aquello que antes era simplemente un árbol prohibido comenzó a parecer atractivo. Lo que Dios había definido como muerte empezó a verse como una oportunidad de crecimiento. Nada había cambiado externamente; la transformación ocurrió dentro de la percepción.

Desde aquel momento la humanidad comenzó a vivir interpretando el mundo desde una mirada deformada. El pecado no solo produjo culpabilidad; produjo distorsión. No solamente separó al hombre de Dios; también alteró la manera en que el hombre comprendía a Dios, se comprendía a sí mismo y comprendía toda la creación. Quizá por eso el relato continúa diciendo:

***“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron
que estaban desnudos...”***

Génesis 3:7

A primera vista pareciera una contradicción. Si sus ojos fueron abiertos, ¿cómo puede hablarse de ceguera?

Precisamente porque la Biblia utiliza la palabra “ver” en más de un sentido.

Los ojos físicos comenzaron a registrar una realidad que hasta entonces no ocupaba el centro de su atención, pero los ojos espirituales perdieron la claridad con la que contemplaban al Padre. Descubrieron su desnudez, pero dejaron de disfrutar la comunión. Se concentraron en ellos mismos y dejaron de contemplar a Dios.

Desde entonces la humanidad quedó atrapada en una forma de mirar centrada en el yo. Ya no interpreta la realidad desde el Creador, sino desde sí misma. Y cuando el hombre se convierte en el punto de referencia de toda interpretación, inevitablemente termina deformando todo lo que observa. Por eso Pablo describe la condición espiritual del mundo diciendo:

“En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo...”

2 Corintios 4:4

Obsérvese cuidadosamente que el apóstol no dice que Satanás destruyó el entendimiento, sino que lo cegó. La diferencia es enorme. Un ciego puede poseer inteligencia extraordinaria y, sin embargo, ser incapaz de contemplar aquello que está delante de él. De la misma manera, una persona puede acumular enormes cantidades de información religiosa y continuar sin ver la realidad espiritual.

La ceguera espiritual nunca fue un problema intelectual, siempre fue un problema de iluminación. Esta verdad explica uno de los fenómenos más sorprendentes de los Evangelios.

Los fariseos conocían las Escrituras mejor que la inmensa mayoría del pueblo. Habían dedicado su vida al estudio de la Ley. Memorizaban extensos pasajes del Antiguo Testamento y enseñaban diariamente en las sinagogas. Sin embargo, cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre ellos, no pudieron reconocerlo.

El Mesías caminó delante de sus ojos, escucharon sus enseñanzas, presenciaron sus milagros, observaron su compasión, contemplaron una autoridad jamás vista y aun así, concluyeron que debía morir. No les faltaban datos, les faltaba luz. El problema nunca fue la cantidad de conocimiento, fue la condición de los ojos con los que interpretaban ese conocimiento. Por eso Jesús declaró con profunda tristeza:

“Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; pero no queréis venir a mí para que tengáis vida.”

Juan 5:39 y 40

Es posible estudiar la Biblia y no encontrar a Cristo. Es posible dominar la doctrina y no conocer al Autor de la doctrina. Es posible defender apasionadamente la verdad

mientras se permanece ciego frente a la Persona que es la Verdad. La revelación nunca consiste simplemente en aprender algo nuevo, consiste en comenzar a ver aquello que siempre estuvo delante de nosotros.

Eso ocurrió con Bartimeo. Cuando recuperó la vista no apareció un mundo nuevo, es decir, el mundo ya existía, pero lo nuevo fue su capacidad para contemplarlo. Eso ocurrió con Saulo camino a Damasco. La luz del cielo no solo lo derribó físicamente, sino que derribó una estructura completa de interpretación construida durante años. Hasta aquel momento creía servir a Dios persiguiendo a Cristo, pero después comprendió que perseguía a Cristo creyendo servir a Dios. La realidad era exactamente la misma, lo que cambió fue la luz con la que comenzó a verla.

Y algo semejante sucedió con los discípulos que caminaban hacia Emaús. Durante horas conversaron con Jesús sin reconocerlo. No era un problema de distancia. No era un problema de falta de evidencia, era un problema de percepción. Lucas escribe:

“Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen.”

Lucas 24:16

Y más adelante añadió:

“Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron.”

Lucas 24:31

Resulta imposible pasar por alto la insistencia del Espíritu Santo sobre este lenguaje. Ojos cerrados, ojos abiertos, velos, luz, tinieblas, ceguera, revelación. Todo el Nuevo Testamento gira alrededor de ese vocabulario porque la obra de Cristo no consistía únicamente en perdonar pecados. Venía también a devolverle al hombre la capacidad de contemplar la realidad desde la perspectiva del Reino. Por eso Pablo ora por los creyentes de Éfeso diciendo:

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.”

Efesios 1:18

Es notable que esta oración no está dirigida a inconversos, sino a creyentes. Ellos ya habían nacido de nuevo, ya conocían a Cristo, ya formaban parte del Cuerpo, y, sin embargo, Pablo sigue orando para que sus ojos sean alumbrados.

La regeneración inaugura una nueva manera de ver, pero el crecimiento espiritual consiste en permitir que esa luz siga desplazando todas las sombras que aún permanecen en nuestra manera de interpretar la vida. Nadie comienza viendo toda la realidad del Reino con absoluta claridad. Todos estamos siendo transformados. Todos seguimos necesitando que el Espíritu Santo quite nuevos velos.

Todos descubrimos, una y otra vez, que existían áreas donde aún observábamos las cosas desde perspectivas heredadas de la carne, de la cultura, de la religión o de nuestras propias experiencias. Y aquí comenzamos a comprender por qué Jesús habló de una viga en el ojo.

Antes de ser un problema moral, la viga es un problema de percepción. No describe únicamente un pecado visible, describe una estructura interior que altera silenciosamente la manera en que contemplamos a Dios, a nosotros mismos y a los demás.

Mientras esa estructura permanezca intacta, incluso nuestros mejores intentos de ayudar a otros terminarán contaminados por una visión incompleta. Porque nadie puede conducir a otro más allá de aquello que él mismo es capaz de ver.

Precisamente por eso, antes de enseñarnos a quitar la paja del ojo ajeno, el Señor nos invita a permitir que Su luz penetre hasta lo más profundo de nuestra propia mirada. Solo cuando los ojos son sanados por la revelación del Espíritu, el juicio deja de ser un instrumento de condenación para convertirse en una expresión de la sabiduría y del amor del Reino. A partir de ese momento ya no vemos simplemente personas, circunstancias o conflictos; comenzamos a ver aquello que el Padre está viendo, y es allí donde nace el verdadero discernimiento espiritual.

Capítulo tres

CUANDO LA MANERA DE VER ESTÁ ENFERMA

Hasta este punto hemos procurado demostrar que Jesús nunca condenó el discernimiento, sino la manera en que el hombre suele ejercerlo cuando sus ojos han sido afectados por una visión deformada. También vimos que toda la historia bíblica puede entenderse como el relato de un Dios que, mediante Su revelación, va quitando progresivamente los velos que impiden al ser humano contemplar la realidad desde la perspectiva del Reino.

Sin embargo, todavía permanece una pregunta que constituye el verdadero centro de este libro: ¿qué quiso decir Jesús cuando habló de una viga en el ojo? ¿Qué representa realmente esa enorme pieza de madera que, según el Señor, puede alojarse en la mirada de una persona hasta el punto de impedirle ver con claridad?

La respuesta parece sencilla mientras permanecemos en la superficie del texto. Muchos han entendido la viga simplemente como un pecado evidente, una conducta inmoral o una actitud hipócrita. Sin duda, la hipocresía forma parte de la enseñanza de Jesús, pero reducir la viga

únicamente a un pecado visible empobrece considerablemente la riqueza de la imagen utilizada por el Maestro.

Si Cristo hubiera querido hablar solamente del pecado personal, habría empleado otras expresiones mucho más directas, como lo hace en numerosos pasajes de los Evangelios. Sin embargo, escogió deliberadamente una figura extraordinariamente llamativa: una inmensa viga incrustada en el ojo de quien pretende ayudar a otro a quitar una pequeña paja.

La elección de esa imagen no puede ser casual. Una viga no es un objeto pequeño ni algo que pueda pasar inadvertido. Es un elemento estructural. Es aquello que sostiene una construcción. Forma parte del esqueleto mismo de un edificio. Sobre ella descansa el peso de todo lo demás. Precisamente por eso la comparación de Jesús adquiere una profundidad sorprendente cuando dejamos de pensar únicamente en la moral y comenzamos a pensar en las estructuras interiores que sostienen nuestra manera de interpretar la realidad.

Quizá la viga no sea simplemente un pecado. Quizá sea mucho más que eso. Tal vez sea una estructura de pensamiento tan profundamente arraigada en nosotros que termina convirtiéndose en el marco desde el cual observamos absolutamente todo. No sería entonces un acto aislado, sino un sistema de interpretación. No sería solamente una mala conducta, sino una manera de mirar. No sería únicamente una

debilidad del carácter, sino una arquitectura invisible del alma que condiciona silenciosamente cada conclusión a la que llegamos.

Todos los seres humanos observamos el mundo a través de estructuras interiores. Ninguno mira la realidad de forma completamente neutra. Cada experiencia vivida, cada enseñanza recibida, cada desilusión sufrida, cada éxito alcanzado, cada fracaso experimentado y cada palabra que marcó nuestra historia va formando, casi sin que lo advirtamos, una determinada manera de comprender la vida.

Con el paso de los años dejamos de ser conscientes de esas estructuras porque terminan pareciéndonos naturales. Ya no distinguimos entre la realidad y nuestra interpretación de la realidad. Confundimos lo que es con la manera en que lo estamos viendo. Ese es precisamente el mayor peligro de una viga: quien la posee rara vez sabe que la tiene.

Si una persona tuviera una pequeña partícula de polvo en el ojo, inmediatamente sentiría molestias. El dolor la llevaría a buscar ayuda. Pero una viga pertenece a otra categoría completamente distinta. La imagen utilizada por Jesús es deliberadamente exagerada para mostrar una paradoja espiritual: el hombre puede llegar a acostumbrarse tanto a una visión deformada que termina creyendo que esa deformación es la forma correcta de mirar.

Por eso resulta tan difícil tratar este tema. Nadie suele discutir con la manera en que ve las cosas. Discutimos

nuestras ideas, defendemos nuestras doctrinas y debatimos nuestras opiniones, pero casi nunca cuestionamos el lugar desde donde esas opiniones nacen. Sin embargo, el Reino de Dios comienza precisamente allí. Antes de transformar nuestras conclusiones, Dios quiere transformar nuestros ojos. Antes de corregir nuestras respuestas, desea sanar la fuente desde la cual esas respuestas brotan.

Tal vez una de las mayores evidencias de que una viga está gobernando nuestra percepción sea la absoluta seguridad con la que solemos emitir determinados juicios. Cuanto más rígida es una estructura interior, menos espacio deja para la humildad. La persona deja de escuchar, porque ya cree saber; deja de aprender, porque supone haber comprendido; deja de preguntar, porque considera que todas las respuestas ya están en sus manos. Poco a poco, la interpretación sustituye a la revelación, y las conclusiones personales ocupan el lugar que solamente la luz de Dios debería ocupar.

No deja de ser significativo que Jesús hablara de la viga antes de mencionar la paja. La lógica humana habría invertido el orden. Nosotros solemos comenzar observando el error ajeno para, recién después, considerar nuestras propias limitaciones. Cristo hace exactamente lo contrario. Dirige primero nuestra atención hacia aquello que condiciona nuestra mirada, porque sabe que mientras esa estructura permanezca intacta, incluso las observaciones aparentemente correctas terminarán produciendo injusticia.

Aquí encontramos un principio espiritual de enorme importancia: no todo juicio equivocado nace de una mala intención. Muchas veces nace de una mala visión. Hay personas sinceramente convencidas de estar defendiendo la verdad cuando, en realidad, están defendiendo la forma en que aprendieron a verla. Confunden la revelación con la tradición, la voz de Dios con las experiencias acumuladas y la verdad eterna con las conclusiones construidas a partir de su propia historia.

Este fenómeno aparece repetidamente a lo largo de las Escrituras. Pensemos, por ejemplo, en Jonás. Su conflicto nunca fue simplemente la desobediencia de no querer ir a Nínive. Detrás de aquella resistencia existía una viga profundamente arraigada. Jonás poseía una determinada imagen de Dios y una determinada imagen de los enemigos de Israel.

En su estructura interior no existía lugar para un Dios que extendiera misericordia sobre una nación pagana. Cuando finalmente anunció el juicio y vio que los ninivitas se arrepentían, lejos de alegrarse, se enojó profundamente. ¿Por qué? Porque la realidad había desmentido la estructura desde la cual él interpretaba a Dios. El problema nunca fue solamente Nínive; el problema era la manera en que Jonás veía al Señor.

Algo semejante ocurrió con el hermano mayor en la parábola del hijo pródigo. Mientras todos solemos concentrarnos en el regreso del hijo menor, Jesús dirige

silenciosamente nuestra atención hacia el corazón del mayor. Él nunca abandonó la casa del padre, pero llevaba dentro una estructura que le impedía comprender el amor de aquel padre.

Había convertido la relación en mérito, la obediencia en salario y la fidelidad en un derecho para exigir recompensas. Cuando el padre salió a recibir al hijo perdido, el hermano mayor interpretó el amor como una injusticia. No podía alegrarse porque contemplaba la gracia desde una viga edificada durante años.

Estos ejemplos nos permiten comprender que una viga no siempre adopta la forma de un pecado escandaloso. Con frecuencia aparece revestida de virtudes. Puede llamarse celo por la verdad, defensa de la doctrina, experiencia ministerial o incluso fidelidad religiosa. Su peligrosidad consiste precisamente en que suele esconderse detrás de argumentos aparentemente legítimos. Cuanto más espiritual parece una estructura equivocada, más difícil resulta descubrirla.

Por eso Jesús reservó sus confrontaciones más fuertes no para los publicanos ni para las prostitutas, sino para quienes estaban convencidos de ver con absoluta claridad. Los pecadores reconocían con facilidad su necesidad; los fariseos, en cambio, estaban persuadidos de ser los guías de Israel. Esa seguridad era precisamente la evidencia de la profundidad de su ceguera.

En una ocasión el Señor declaró: ***“Yo, para juicio he venido a este mundo; para que los que no ven, vean, y los***

que ven, sean cegados” (Juan 9:39). Aquellas palabras parecieron escandalizar a los fariseos, quienes inmediatamente preguntaron: ***“¿Acaso nosotros somos también ciegos?”*** La respuesta de Jesús resulta tan profunda como inquietante: ***“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: ¡Vemos! vuestro pecado permanece” (Juan 9:41).*** No era la ceguera lo que los condenaba. Era la convicción de no necesitar que Dios les devolviera la vista.

Tal vez esta sea una de las enseñanzas más importantes de todo el libro. La viga no permanece porque Dios se niegue a quitarla. Permanece porque quien la posee suele creer que su visión es perfectamente saludable. Mientras exista conciencia de necesidad, la luz del Espíritu siempre encontrará una puerta abierta. Pero cuando la autosuficiencia ocupa el corazón, incluso la verdad más evidente termina siendo rechazada.

Aquí aparece uno de los contrastes más hermosos del Nuevo Pacto. Bajo el antiguo sistema, el hombre podía llegar a pensar que el problema principal era su comportamiento. El Evangelio, en cambio, nos revela que la transformación comienza mucho antes de la conducta. Dios no empieza modificando nuestras acciones; comienza renovando nuestra naturaleza y, desde esa nueva vida en Cristo, transforma progresivamente nuestra manera de ver.

La regeneración no consiste simplemente en aprender nuevas normas, sino en recibir una nueva capacidad para

contemplar la realidad desde la mente de Cristo. Como escribió el apóstol Pablo: ***“Mas nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16)***. Esa afirmación no describe solamente un privilegio doctrinal; anuncia el nacimiento de una nueva perspectiva desde la cual toda la existencia comienza a ser reinterpretada.

Sin embargo, poseer la mente de Cristo como realidad espiritual no significa que toda nuestra manera de pensar haya sido plenamente renovada en la práctica. Entre la nueva vida recibida y la transformación de nuestra percepción existe un camino que el Espíritu Santo recorre pacientemente con cada creyente. Allí es donde las vigas comienzan a ser expuestas.

Allí salen a la luz los viejos patrones, las interpretaciones heredadas, las heridas nunca tratadas, las tradiciones incuestionables y los razonamientos que durante años parecieron incuestionables. No porque Dios quiera avergonzarnos, sino porque desea regalarnos una libertad mucho mayor de la que imaginábamos.

Después de todo, la libertad no consiste únicamente en ser perdonados de nuestros pecados. También consiste en dejar de mirar el mundo a través de aquello que esos pecados, esas heridas o esas falsas creencias construyeron dentro de nosotros. El Evangelio no vino solamente a cambiar nuestro destino eterno; vino a sanar nuestros ojos. Porque cuando la mirada es restaurada por la luz de Cristo, la realidad deja de

ser interpretada desde las sombras de la vieja creación y comienza a contemplarse desde la claridad del Reino.

Solo entonces comprendemos que la verdadera batalla nunca estuvo delante de nuestros ojos, sino detrás de ellos, en ese lugar invisible donde nacen todas las interpretaciones y donde el Espíritu Santo desea levantar, día tras día, una visión cada vez más semejante a la de Jesucristo.



Capítulo cuatro

LA MAYOR VIGA FUE LA RELIGIÓN

Cuando Jesús habló de la viga y de la paja, no estaba formulando una enseñanza abstracta ni proponiendo un principio filosófico aplicable a cualquier circunstancia. Como todas Sus palabras, aquella ilustración nacía de una realidad que tenía delante de Sus propios ojos.

Mientras pronunciaba ese mensaje, caminaba en medio de una generación profundamente religiosa, rodeado de hombres que conocían las Escrituras, enseñaban la Ley, dirigían la vida espiritual de Israel y eran considerados por el pueblo como modelos de santidad. Sin embargo, esos mismos hombres, reconocidos por su conocimiento de Dios, terminarían convirtiéndose en los principales opositores del Hijo de Dios. Resulta difícil imaginar una paradoja mayor. Aquellos que dedicaban su vida a esperar al Mesías fueron incapaces de reconocerlo cuando finalmente apareció entre ellos.

Este hecho, por sí solo, debería producir una profunda reflexión en cada creyente. Si la religión de aquellos hombres

no pudo impedirles rechazar a Cristo, tampoco la nuestra constituye una garantía de que veremos correctamente.

La familiaridad con el lenguaje bíblico, la participación constante en las actividades de la Iglesia o incluso los años de ministerio jamás sustituyen la necesidad permanente de permanecer bajo la luz del Espíritu Santo.

Existe una diferencia inmensa entre conocer las Escrituras y permitir que las Escrituras nos conduzcan continuamente hacia Cristo. Los fariseos habían aprendido el texto, pero dejaron de buscar al Autor; conservaron las palabras, pero perdieron la capacidad de escuchar la Voz.

Toda la revelación bíblica encuentra su centro en Cristo. Cuando la lectura de la Palabra deja de conducirnos hacia Él, incluso el conocimiento más preciso puede convertirse en una estructura que oscurece la visión.

Quizá aquí encontramos una de las características más peligrosas de la religión. La religión posee una extraordinaria capacidad para sustituir la comunión por el sistema, la revelación por la información y la dependencia del Espíritu por la seguridad de las estructuras. No siempre niega a Dios; muchas veces habla constantemente de Él. No necesariamente rechaza las Escrituras; suele citarlas con frecuencia. Su mayor peligro consiste en que puede conservar todas las formas externas mientras pierde silenciosamente la vida que les daba sentido.

Eso fue exactamente lo que ocurrió en tiempos de Jesús. Los dirigentes religiosos no eran hombres indiferentes. Ayunaban, oraban, estudiaban, enseñaban y procuraban cumplir cuidadosamente cada detalle de la Ley. Desde una mirada superficial parecían los creyentes más comprometidos de toda la nación. Sin embargo, bajo aquella admirable disciplina espiritual se había ido formando una enorme viga que condicionaba completamente su manera de interpretar la realidad.

Esa viga tenía un nombre: una imagen de Dios construida más por la tradición que por la revelación.

Esperaban un Mesías, pero ya habían decidido cómo debía ser. Esperaban al Libertador prometido por los profetas, pero lo imaginaban conforme a sus propias expectativas. En su interior existía un retrato tan definido del Cristo que vendría que, cuando el verdadero Cristo apareció, no encontraron lugar para Él dentro de sus categorías religiosas. Paradójicamente, la mayor dificultad para reconocer al Mesías no fue la falta de conocimiento, sino el exceso de certezas construidas sobre interpretaciones humanas.

No deja de ser significativo que Jesús sorprendiera constantemente a quienes lo escuchaban. Mientras ellos esperaban un líder político, Él anunciaba un Reino que no procedía de este mundo. Mientras aguardaban un conquistador que derrotara a Roma, Él hablaba de amar a los enemigos. Mientras esperaban una restauración nacional, Él

proclamaba una regeneración espiritual. Mientras soñaban con un trono visible en Jerusalén, Él comenzaba Su obra transformando el corazón del hombre.

Cada palabra del Señor desafiaba la estructura desde la cual aquellos hombres habían aprendido a mirar. No porque las Escrituras fueran insuficientes, sino porque las tradiciones habían terminado ocupando el lugar que pertenecía a la revelación.

Con el paso del tiempo dejaron de leer la Palabra para descubrir la voluntad de Dios y comenzaron a leerla para confirmar aquello que ya creían saber. Cuando eso ocurre, la Biblia deja de convertirse en una ventana hacia la verdad y pasa a ser un espejo donde únicamente buscamos el reflejo de nuestras propias ideas.

Ese peligro no desapareció con los fariseos. La historia de la Iglesia demuestra que cada generación enfrenta la misma tentación. Resulta sorprendentemente fácil convertir una experiencia genuina con Dios en un sistema rígido que las generaciones posteriores aceptan sin volver a examinarlo a la luz del Espíritu.

Lo que nació como una revelación termina cristalizándose en una tradición; aquello que comenzó como vida se convierte en una estructura; y la estructura, cuando deja de depender del Espíritu, acaba transformándose en una viga desde la cual comenzamos a interpretar toda la realidad.

Por eso Jesús nunca tuvo mayores conflictos con quienes reconocían su necesidad. Los publicanos, los enfermos, las prostitutas y los pecadores se acercaban a Él con el corazón abierto porque sabían que necesitaban misericordia.

En cambio, la religión produce una de las formas más sutiles de autosuficiencia espiritual: la convicción de que ya se posee toda la luz necesaria. Cuando una persona cree haber llegado al conocimiento definitivo de Dios, deja de buscarlo con la humildad de quien todavía espera ser sorprendido por Su revelación.

No es casualidad que el Señor alabara con tanta frecuencia la actitud de los niños. Ellos representan un corazón dispuesto a aprender, una mirada todavía libre de muchas de las estructuras que los adultos consideran inamovibles. La sencillez espiritual nunca ha sido sinónimo de ignorancia; es la disposición permanente para dejar que Dios vuelva a enseñarnos aquello que creíamos conocer. El Reino pertenece a quienes conservan esa capacidad de asombro delante de la verdad.

Los fariseos habían perdido precisamente esa disposición. Cada milagro era interpretado desde el prejuicio; cada enseñanza era filtrada por sus categorías; cada obra de misericordia era sometida al juicio de sus tradiciones. Llegó un momento en que la evidencia dejó de tener importancia. La viga era tan grande que ya no permitía contemplar los hechos con objetividad.

Cuando Lázaro salió del sepulcro después de cuatro días de haber muerto, el problema para ellos no fue explicar el milagro, sino decidir cómo eliminar a quien lo había realizado. Juan relata con sobriedad una de las escenas más impactantes del Evangelio: ***“Desde aquel día acordaron matarle” (Juan 11:53)***. La luz había brillado con una intensidad imposible de negar, pero la estructura interior desde la cual miraban era todavía más fuerte.

Aquí comprendemos que una viga no desaparece simplemente porque la verdad sea evidente. Si así fuera, bastaría con exponer argumentos correctos para transformar cualquier corazón. Sin embargo, Jesús realizó señales que ningún otro hombre había hecho, enseñó con una autoridad jamás escuchada y manifestó un amor que desbordaba todas las categorías humanas, pero aun así muchos permanecieron endurecidos. El problema no estaba delante de ellos; estaba dentro de ellos.

Quizá por eso el Nuevo Pacto insiste tanto en la necesidad de un corazón nuevo. Dios nunca prometió simplemente más información. A través del profeta Ezequiel anunció: ***“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ezequiel 36:26)***.

La promesa no consistía únicamente en perdonar al hombre, sino en capacitarlo para percibir la realidad de una manera completamente distinta. La regeneración inaugura una nueva sensibilidad espiritual. Allí donde antes existía una

mirada endurecida por la autosuficiencia, comienza a surgir un corazón enseñable, dispuesto a ser guiado por el Espíritu.

Este principio resulta de enorme importancia para la Iglesia de nuestros días. La religión no debe entenderse únicamente como un conjunto de ritos o ceremonias. Puede manifestarse también en nuestras formas de interpretar la Biblia, en nuestras tradiciones denominacionales, en nuestras preferencias doctrinales e incluso en nuestras experiencias ministeriales.

Todo aquello que ocupa el lugar de la dependencia del Espíritu termina convirtiéndose en una estructura capaz de deformar nuestra visión. Ninguna generación está exenta de ese peligro. Las vigas cambian de apariencia, pero conservan la misma capacidad de impedirnos reconocer la obra fresca de Dios.

La verdadera espiritualidad nunca consiste en aferrarse obstinadamente a nuestras conclusiones, sino en permanecer lo suficientemente cerca de Cristo como para permitir que Su luz siga corrigiendo nuestra manera de ver. El discípulo maduro no es quien cree haber agotado el conocimiento de Dios, sino quien comprende que la infinita riqueza de Cristo siempre desborda los límites de su comprensión. Cuanto más conocemos al Señor, más conscientes somos de todo aquello que aún necesitamos descubrir.

Tal vez esta sea la razón por la que Jesús eligió como discípulos a hombres sencillos antes que a los grandes

maestros religiosos de su tiempo. No buscaba mentes vacías, sino corazones disponibles. Prefería pescadores dispuestos a desaprender antes que especialistas convencidos de no necesitar ser enseñados.

Porque el Reino siempre puede derramar nueva luz sobre un corazón humilde, pero encuentra enormes dificultades para penetrar en una estructura que ya decidió, de antemano, cómo debe ser Dios y cómo debe actuar.

La mayor viga de los días de Jesús no fue la inmoralidad de los pecadores, sino la seguridad de los religiosos. Esa misma advertencia permanece vigente para nosotros. El mayor riesgo de la Iglesia nunca ha sido únicamente el pecado visible, sino la posibilidad de que nuestras propias estructuras espirituales nos impidan reconocer al Señor cuando Él decide manifestarse de una manera diferente a la que esperábamos.

Allí donde la religión deja de ser un camino hacia Cristo para convertirse en un sustituto de Cristo, la viga comienza nuevamente a ocupar el lugar de la visión, y los ojos que fueron llamados a contemplar la gloria del Reino terminan observando únicamente el reflejo de sus propias certezas.



Capítulo cinco

LAS VIGAS DE NUESTRA GENERACIÓN

Si algo demuestra la historia bíblica es que el corazón humano posee una extraordinaria capacidad para construir estructuras desde las cuales interpreta la realidad. Cambian las épocas, cambian las culturas y cambian los escenarios, pero el mecanismo permanece sorprendentemente intacto.

El hombre continúa mirando el mundo a través de filtros que, con el paso del tiempo, dejan de ser percibidos como filtros para convertirse en la única realidad posible. Precisamente por eso la enseñanza de Jesús acerca de la viga conserva una actualidad asombrosa. No pertenece únicamente al contexto del primer siglo ni fue pronunciada exclusivamente para confrontar a los fariseos. Constituye un diagnóstico permanente sobre una de las enfermedades espirituales más profundas de la humanidad.

Quizá el mayor error que podríamos cometer al leer **Mateo 7** sería imaginar que nosotros estamos libres del problema que afectó a aquellos hombres. Resulta relativamente sencillo identificar las vigas de los personajes

bíblicos porque las observamos desde la distancia que proporciona la historia.

Nos parece evidente la ceguera de los fariseos, comprendemos con facilidad los errores de Jonás o advertimos rápidamente las limitaciones de los discípulos antes de Pentecostés. Sin embargo, la verdadera intención del Señor nunca fue que utilizáramos ese pasaje para analizar la vida de otros. Su propósito era conducirnos a examinar las estructuras que condicionan nuestra propia mirada.

Las vigas rara vez anuncian su presencia. Se forman lentamente, casi siempre de manera imperceptible, mientras atravesamos experiencias, recibimos enseñanzas, sufrimos decepciones o adoptamos las categorías culturales de nuestra generación. Poco a poco esas influencias comienzan a organizar nuestra manera de pensar hasta convertirse en una especie de arquitectura interior desde la cual interpretamos todo lo que ocurre.

El problema no reside en tener una cosmovisión, porque toda persona necesariamente la posee. El peligro aparece cuando esa cosmovisión deja de ser continuamente renovada por la luz del Reino y comienza a adquirir una autoridad mayor que la propia revelación de Cristo.

Una de las vigas más visibles de nuestro tiempo sigue siendo la religión, aunque muchas veces adopta formas diferentes a las de los fariseos. La religión ya no siempre se expresa mediante un exceso de rituales o tradiciones; con

frecuencia se manifiesta a través de sistemas doctrinales tan rígidos que terminan encerrando a Dios dentro de definiciones que Él jamás aceptó.

Existe una diferencia enorme entre tener convicciones y convertir esas convicciones en un límite para la acción soberana del Espíritu Santo. La sana doctrina constituye un tesoro que debe ser preservado, pero cuando deja de conducirnos hacia Cristo y comienza a alimentar nuestra autosuficiencia espiritual, corre el riesgo de transformarse en una nueva viga.

No deja de ser significativo que muchas de las mayores discusiones dentro del cristianismo contemporáneo no giren alrededor de la persona de Jesús, sino alrededor de sistemas de interpretación.

Con demasiada frecuencia defendemos escuelas teológicas, tradiciones denominacionales o identidades ministeriales con una pasión que debería estar reservada únicamente para Cristo. Sin advertirlo, terminamos observando la Biblia desde la estructura que previamente adoptamos, en lugar de permitir que sea la Escritura la que examine continuamente nuestras estructuras.

Junto a la religión aparece otra de las grandes vigas de nuestro tiempo: la ideología. Nunca como en nuestra generación las personas han sido clasificadas con tanta rapidez. Las etiquetas sustituyen al diálogo y las categorías reemplazan el conocimiento verdadero de las personas.

Se espera que cada individuo piense, actúe y reaccione conforme al grupo con el cual se lo identifica. Cuando eso ocurre, dejamos de mirar seres humanos creados a imagen de Dios y comenzamos a contemplar representantes de determinadas posiciones sociales, políticas o culturales.

El Reino de Dios jamás niega la existencia de ideas, pero se niega a reducir al ser humano a una ideología. Cristo nunca se acercó a las personas preguntándose primero de qué partido eran, cuál era su posición social o qué corriente representaban. Siempre veía algo mucho más profundo. Allí donde otros observaban etiquetas, Él contemplaba corazones. Allí donde la sociedad clasificaba, Él discernía. Allí donde el mundo dividía, Él veía personas necesitadas de redención.

Vivimos también bajo la poderosa influencia de otra estructura casi invisible: la cultura de las redes sociales. Nunca antes la humanidad tuvo acceso a tanta información y, paradójicamente, nunca resultó tan difícil distinguir entre información y verdad.

Las plataformas digitales han modificado profundamente nuestra manera de observar el mundo. La velocidad ha reemplazado muchas veces a la reflexión; la reacción inmediata ha desplazado al discernimiento; la imagen ha adquirido más autoridad que el contenido, y la viralización suele confundirse con la veracidad.

Sin darnos cuenta, comenzamos a interpretar la realidad según aquello que aparece constantemente delante

de nuestros ojos. Los algoritmos seleccionan parte de la información que consumimos, reforzando muchas veces nuestras propias preferencias y reduciendo el contacto con perspectivas diferentes.

Poco a poco se construye una sensación de certeza alimentada por la repetición. Lo que vemos con frecuencia termina pareciéndonos verdadero, aunque nunca haya sido cuidadosamente examinado. Así nacen muchas de las vigas modernas: no mediante una decisión consciente, sino por la acumulación permanente de estímulos que terminan moldeando nuestra percepción.

Esta dinámica afecta también a la Iglesia. El peligro ya no consiste únicamente en escuchar falsas doctrinas desde un púlpito; hoy las recibimos constantemente a través de pantallas que llevamos en nuestros bolsillos. Nunca fue tan sencillo consumir mensajes espirituales, pero tampoco nunca fue tan necesario desarrollar discernimiento.

La abundancia de contenido no garantiza profundidad. La cantidad de predicaciones disponibles no produce automáticamente madurez. Existe una enorme diferencia entre estar permanentemente informado acerca de temas espirituales y vivir verdaderamente iluminados por el Espíritu Santo.

Otra de las vigas más frecuentes nace de las heridas no sanadas. Las experiencias dolorosas poseen la capacidad de

convertirse en lentes a través de los cuales comenzamos a interpretar toda nuestra existencia.

Quien fue traicionado puede terminar sospechando de todos; quien sufrió rechazo puede interpretar cada silencio como una nueva forma de abandono; quien vivió bajo autoridad abusiva puede desconfiar de cualquier autoridad legítima. El dolor tiene la capacidad de extender su sombra mucho más allá del acontecimiento que lo produjo.

Aquí conviene hacer una aclaración importante. Las heridas no constituyen un pecado. Cristo jamás condenó a quienes habían sido profundamente lastimados por la vida. Él mismo se presentó como aquel que había venido a sanar a los quebrantados de corazón.

Sin embargo, cuando esas heridas permanecen sin ser restauradas por la gracia de Dios, terminan construyendo una estructura desde la cual interpretamos a las personas, las circunstancias e incluso al propio Señor. Entonces dejamos de responder a la realidad presente y comenzamos a reaccionar frente a recuerdos que todavía gobiernan nuestro interior.

Muy cerca de las heridas aparecen los prejuicios. Un prejuicio es, en esencia, un juicio emitido antes de contemplar plenamente la realidad. Es una conclusión anticipada que impide que los hechos hablen por sí mismos. Los prejuicios no necesitan ser necesariamente negativos; basta con que nos impidan ver objetivamente.

A veces idealizamos personas, ministerios o movimientos porque responden a nuestras expectativas. En otras ocasiones los rechazamos antes de conocerlos. En ambos casos dejamos de discernir. Ya no observamos la realidad; observamos la imagen previamente construida en nuestra mente.

La cultura contemporánea también ha levantado una inmensa viga alrededor del éxito. Vivimos rodeados por un modelo que mide el valor de las personas según sus resultados visibles, su influencia, su capacidad económica o el reconocimiento que reciben.

Esa lógica ha penetrado incluso en muchos espacios cristianos. Sin advertirlo, comenzamos a evaluar ministerios por su tamaño, líderes por su popularidad e iglesias por sus estadísticas. Sin embargo, el Reino de Dios jamás utilizó esos parámetros para definir el verdadero fruto espiritual.

Jesús escogió un pequeño grupo de discípulos sin relevancia pública para cambiar la historia de la humanidad. Durante gran parte de Su ministerio evitó la fama cuando las multitudes intentaban convertirlo en rey. Su éxito jamás consistió en satisfacer las expectativas humanas, sino en cumplir perfectamente la voluntad del Padre. Cuando la Iglesia adopta los criterios del mundo para medir el éxito, corre el riesgo de dejar de contemplar aquello que el cielo realmente considera valioso.

Curiosamente, el fracaso puede convertirse en una viga tan poderosa como el éxito. Existen personas que viven convencidas de que Dios nunca podrá utilizarlas porque interpretan toda su identidad desde los errores del pasado. Así como algunos exageran sus virtudes, otros absolutizan sus derrotas.

En ambos casos la mirada deja de descansar en la obra de Cristo para centrarse en la propia historia. El Evangelio, sin embargo, anuncia una realidad completamente diferente. Nuestra identidad ya no nace de nuestras victorias ni de nuestras caídas, sino de la nueva creación inaugurada en Cristo Jesús.

No podemos dejar de mencionar otra de las grandes vigas contemporáneas: el fanatismo político. Toda sociedad necesita participar responsablemente de la vida pública, pero cuando las ideologías políticas comienzan a ocupar el lugar de la esperanza mesiánica, la visión espiritual se oscurece inevitablemente.

Ningún sistema humano posee la capacidad de establecer el Reino de Dios sobre la tierra. Cuando la Iglesia olvida esta verdad, termina interpretando la historia más desde los discursos de los hombres que desde el propósito eterno del Padre. Entonces los hermanos se convierten en adversarios, la comunión cede lugar a la polarización y la cruz queda relegada por banderas que jamás podrán sustituirla.

A todas estas estructuras podríamos añadir el consumismo, el individualismo, el narcisismo promovido por una cultura obsesionada con la imagen y esa peligrosa ilusión de que conocer muchos datos equivale a poseer verdadera sabiduría. Vivimos rodeados de información, pero la revelación continúa siendo un don del Espíritu.

Podemos acceder en segundos a bibliotecas enteras, escuchar predicadores de todo el mundo y consultar miles de recursos bíblicos; sin embargo, ninguna de esas herramientas puede reemplazar el momento en que Dios ilumina los ojos del entendimiento y nos permite contemplar a Cristo con una claridad nueva. La información llena la memoria; la revelación transforma la vida.

Todo esto nos conduce a una conclusión inevitable. Las vigas no pertenecen únicamente a quienes están lejos de Dios. También pueden formarse en el corazón de quienes lo aman sinceramente. Ningún creyente madura hasta el punto de dejar de necesitar que el Espíritu Santo examine continuamente su manera de ver.

Por eso la vida cristiana no consiste solamente en aprender nuevas verdades, sino también en desaprender aquellas formas de interpretar la realidad que fueron edificadas fuera de la luz del Reino. El discipulado verdadero implica permitir que Cristo no solo cambie nuestras respuestas, sino también las preguntas desde las cuales observamos el mundo.

Quizá esa sea una de las oraciones más necesarias de nuestra generación. No pedir simplemente que Dios cambie las circunstancias que nos rodean, sino que purifique los ojos con los cuales las contemplamos. Porque cuando la mirada es renovada por el Espíritu, las mismas situaciones comienzan a revelar dimensiones que antes permanecían ocultas.

Allí donde el hombre natural solo encuentra motivos para reaccionar, el discípulo comienza a discernir el obrar silencioso del Padre. Y esa diferencia no nace de una mayor capacidad intelectual, sino de unos ojos que, poco a poco, han ido siendo liberados de las vigas que durante años condicionaron su manera de ver.



Capítulo seis

LA JUSTICIA DEL REINO NO LLEVA OJOS VENDADOS

Existen imágenes que, por haberlas visto repetidas innumerables veces, terminan perdiendo la fuerza del mensaje que originalmente pretendían comunicar. Una de ellas es la figura de la justicia representada por una mujer con una balanza en una mano, una espada en la otra y una venda cubriendo completamente sus ojos.

A lo largo de los siglos esa representación ha querido transmitir una idea profundamente respetable: quien administra justicia no debe dejarse influenciar por la apariencia de las personas, por su posición social, por su riqueza, por su poder o por cualquier otro factor que pueda inclinar injustamente la balanza. La venda simboliza la imparcialidad; expresa el deseo de que todos sean tratados bajo el mismo criterio, sin privilegios ni favoritismos.

No resulta difícil comprender por qué esa imagen llegó a convertirse en uno de los grandes símbolos de los sistemas jurídicos modernos. La historia de la humanidad está llena de jueces que se dejaron seducir por el dinero, por las presiones políticas o por el temor a los poderosos.

Frente a esa realidad, la venda representa el anhelo de una justicia que ignore los rostros para concentrarse únicamente en los hechos. Desde la perspectiva humana, el razonamiento parece impecable: si los ojos pueden engañar, la mejor manera de evitar la injusticia consiste en impedir que el juez vea.

Sin embargo, cuando nos acercamos a las Escrituras descubrimos que el Reino de Dios sigue un camino completamente diferente. La justicia divina nunca necesita vendar los ojos porque su problema jamás ha sido el acto de mirar, sino la condición desde la cual se mira.

Mientras la justicia humana procura protegerse de la parcialidad limitando la visión, la justicia del Reino elimina la parcialidad transformando la visión. No cubre los ojos; los sana. No oscurece la mirada; la llena de luz. No pretende que el hombre deje de ver, sino que aprenda finalmente a contemplar la realidad desde la perspectiva del Padre.

Este principio atraviesa toda la revelación bíblica y alcanza una de sus expresiones más hermosas en una profecía pronunciada muchos siglos antes del nacimiento de Jesús. Al anunciar la venida del Mesías, Isaías escribió:

“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus

oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra...”

Isaías 11:2 al 4

Estas palabras constituyen una verdadera descripción de la justicia del Reino. Obsérvese cuidadosamente que el profeta no dice que el Mesías sería incapaz de ver o de escuchar. Todo lo contrario. Vería y oiría como cualquier ser humano, pero Sus juicios no nacerían exclusivamente de aquello que percibían Sus sentidos naturales. Existía una fuente de conocimiento mucho más profunda: el Espíritu de Dios que reposaría sobre Él.

Aquí encontramos una diferencia decisiva entre el pensamiento del Reino y la lógica del mundo. El hombre natural depende casi exclusivamente de lo que sus ojos registran y de lo que sus oídos escuchan. Construye sus conclusiones a partir de evidencias visibles, de testimonios, de estadísticas, de experiencias y de razonamientos.

Todo ello resulta necesario, pero nunca suficiente. Dios jamás pretendió que Sus hijos vivieran limitados a esa dimensión. Desde el comienzo prometió una nueva forma de conocer, una percepción iluminada por el Espíritu Santo que permitiera contemplar aquello que permanece invisible para la mente puramente natural.

Por esa razón Jesús sorprendía constantemente a quienes lo rodeaban. Mientras todos observaban la conducta exterior, Él discernía el corazón. Cuando los discípulos

contemplaban una multitud hambrienta, Él veía una oportunidad para revelar la provisión del Padre. Mientras los religiosos observaban una mujer sorprendida en adulterio, Cristo contemplaba una vida que todavía podía ser restaurada.

Allí donde los hombres clasificaban personas según su pasado, Él veía el propósito que la gracia podía despertar en ellas. Su justicia no era superficial porque Su mirada no estaba gobernada por las apariencias.

No deja de ser significativo que el Evangelio repita una expresión con notable frecuencia: “*Jesús, viéndolos...*” Esa mirada nunca era un acto meramente físico. Cuando el Señor veía, discernía. Cuando observaba a las personas, penetraba mucho más allá de las palabras que pronunciaban o de la imagen que proyectaban. Miraba aquello que el pecado había ocultado, aquello que las heridas habían deformado y aquello que la gracia del Padre estaba dispuesta a restaurar. Sus ojos nunca quedaron atrapados en los síntomas; siempre alcanzaban las causas.

Quizá por eso sus reacciones resultaban tan desconcertantes. A quienes todos rechazaban, Él los abrazaba. A quienes todos admiraban, Él los confrontaba. Perdonaba a publicanos y pecadores mientras denunciaba con firmeza la hipocresía de los dirigentes religiosos. Desde una perspectiva puramente humana, muchas de esas decisiones parecían contradictorias.

Sin embargo, cuando comprendemos que Jesús no juzgaba según la apariencia sino conforme a la verdad revelada por el Espíritu Santo, todo adquiere una extraordinaria coherencia. Él no reaccionaba frente a la imagen que las personas proyectaban; respondía a la realidad que el Padre le permitía contemplar.

Esto explica por qué el Reino nunca separa la justicia de la luz. En la mentalidad bíblica ambas realidades permanecen inseparablemente unidas. La primera palabra pronunciada por Dios sobre el caos de la creación fue: ***“Sea la luz” (Génesis 1:3)***. Antes de establecer el orden, antes de formar la vida y antes de embellecer el universo, el Señor hizo aparecer la luz. No se trató simplemente de un fenómeno físico. Toda la Escritura presenta la luz como símbolo de la revelación mediante la cual Dios permite que la realidad sea contemplada tal como Él la ve.

El pecado, por el contrario, siempre produce oscuridad. No solamente porque conduce a prácticas contrarias a la voluntad divina, sino porque altera profundamente la percepción del hombre. Las tinieblas impiden distinguir, confunden los contornos, exageran los temores y deforman la realidad.

Por eso la primera necesidad del ser humano no consiste únicamente en recibir normas que regulen su conducta, sino en experimentar la luz que transforma su manera de ver. Allí donde la luz llega, el engaño comienza a

retroceder; donde la revelación aparece, las vigas empiezan a perder fuerza.

El apóstol Juan comprendió esta verdad con extraordinaria claridad cuando escribió: ***“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”*** (Juan 1:4). El orden de esa afirmación merece toda nuestra atención. Juan no dice que la luz produce la vida, sino que la vida se convierte en luz. La vida divina recibida en Cristo inaugura una nueva capacidad para contemplar la realidad.

La regeneración no solamente cambia nuestra posición delante de Dios; modifica progresivamente la forma en que interpretamos toda la existencia. Comenzamos a ver donde antes únicamente reaccionábamos; discernimos donde antes simplemente opinábamos; comprendemos donde antes juzgábamos precipitadamente.

Esta perspectiva transforma incluso nuestra comprensión de la verdad. Con frecuencia imaginamos la verdad como un conjunto de afirmaciones correctas que deben ser defendidas. Sin embargo, en el Evangelio de Juan, Jesús declara: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”*** (Juan 14:6).

La verdad no aparece solamente como un concepto; se presenta como una Persona. Esto significa que conocer la verdad no consiste únicamente en adquirir información exacta, sino en vivir en comunión con Aquel que es la verdad misma. Cuanto más profundamente conocemos a Cristo, más

claramente aprendemos a ver. La verdad deja entonces de ser un argumento para convertirse en una luz que ilumina toda nuestra existencia.

Este principio posee enormes implicancias para la vida de la Iglesia. Muchas veces pedimos a Dios mayor poder, mayor crecimiento, mayor influencia o mejores estrategias para enfrentar los desafíos de nuestra generación. Todas esas peticiones pueden ser legítimas, pero quizá exista una necesidad todavía más urgente: volver a ver con claridad.

Porque una Iglesia que ha perdido la visión espiritual puede disponer de abundantes recursos y, aun así, equivocarse en sus diagnósticos. Puede combatir enemigos imaginarios mientras ignora las verdaderas batallas; puede invertir enormes esfuerzos en asuntos secundarios mientras descuida aquello que ocupa el corazón del Padre.

La historia demuestra que los mayores errores del pueblo de Dios no siempre nacieron de la falta de sinceridad, sino de una percepción que dejó de ser iluminada continuamente por el Espíritu.

Por esa razón el Nuevo Pacto no nos invita simplemente a adoptar nuevos comportamientos; nos conduce a una transformación mucho más profunda. Pablo escribe a los creyentes de Roma: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*** (Romanos 12:2). El verbo utilizado

por el apóstol describe una metamorfosis, un cambio que afecta la naturaleza misma de nuestra manera de pensar.

No se trata únicamente de incorporar nuevas ideas religiosas, sino de permitir que el Espíritu Santo renueve la estructura desde la cual comprendemos la realidad. Allí donde el viejo hombre interpretaba la vida según los parámetros de este mundo, el nuevo hombre comienza a discernir conforme a la mente de Cristo.

Entonces comprendemos que la justicia del Reino jamás podría representarse mediante unos ojos vendados. Su símbolo sería exactamente el contrario: unos ojos completamente abiertos por la luz del Espíritu Santo. No una mirada condicionada por prejuicios, heridas o intereses personales, sino una percepción purificada por la presencia de Dios.

Porque el Padre nunca quiso jueces incapaces de ver; quiso hijos capaces de contemplar la realidad como Él la contempla. Esa es la verdadera imparcialidad del Reino. No nace de ignorar a las personas, sino de mirarlas con los ojos de Cristo. No consiste en renunciar al discernimiento, sino en permitir que toda forma de discernimiento sea iluminada por la verdad, gobernada por el amor y sostenida por la sabiduría que desciende de lo alto. Solo una mirada así puede ejercer una justicia que, lejos de destruir, se convierte en instrumento de restauración, porque refleja fielmente el corazón de Aquel que “no juzga según la vista de sus ojos”, sino conforme a la perfecta luz de Su Reino.

Capítulo siete

JESÚS: EL HOMBRE QUE VEÍA COMO NADIE

Si existe una pregunta capaz de resumir todo el contenido de este libro, probablemente sea esta: ¿cómo veía Jesús? Hasta aquí hemos recorrido un camino que nos permitió comprender que el verdadero problema del hombre no consiste simplemente en la manera en que juzga, sino en la condición de sus ojos.

Descubrimos que la caída afectó profundamente nuestra percepción, que las vigas son estructuras interiores capaces de deformar la realidad y que la obra del Espíritu Santo apunta precisamente a restaurar una visión conforme al Reino. Sin embargo, toda esa enseñanza permanecería incompleta si no levantáramos ahora nuestra mirada hacia Aquel que constituye el modelo perfecto de una percepción absolutamente sana.

Jesucristo no vino únicamente a enseñarnos cómo debía vivirse la vida del Reino; vino a manifestarla. Él es la imagen visible del Dios invisible, el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza. Por eso, cuando observamos la manera en que Jesús se relacionaba con las

personas, no estamos simplemente contemplando el comportamiento ejemplar de un gran maestro. Estamos viendo cómo mira Dios.

Cada encuentro narrado en los Evangelios nos permite asomarnos a la perspectiva del Padre. En Cristo descubrimos una forma de ver completamente distinta a la que caracteriza al hombre natural. Allí donde nosotros solemos detenemos en las apariencias, Él penetraba hasta el corazón; donde nosotros reaccionamos frente a los síntomas, Él discernía las causas; donde nosotros clasificamos personas, Él contemplaba destinos.

Quizá una de las diferencias más notables entre Jesús y quienes lo rodeaban sea que nunca permitió que la primera impresión determinara Su juicio. Nosotros solemos construir conclusiones con extraordinaria rapidez. Un gesto, una palabra, una conducta o un antecedente bastan muchas veces para elaborar una opinión prácticamente definitiva. El Señor, en cambio, jamás quedó prisionero de las apariencias. No porque ignorara la realidad visible, sino porque siempre veía una realidad más profunda.

El encuentro con la mujer samaritana constituye uno de los ejemplos más extraordinarios de esta manera de mirar. Cuando Jesús se sentó junto al pozo de Jacob, todo invitaba a mantener la distancia. Era una mujer, pertenecía a un pueblo despreciado por los judíos y llevaba una historia personal marcada por profundas fracturas.

Cualquier observador de aquella época habría encontrado suficientes motivos para mantener una prudente separación. Los prejuicios culturales, religiosos y morales parecían justificarla. Sin embargo, Cristo nunca permitió que esas categorías determinaran Su actitud.

Mientras los hombres contemplaban una mujer desacreditada por su pasado, Jesús veía un corazón sediento que llevaba años buscando, en relaciones equivocadas, aquello que únicamente Dios podía ofrecerle. Por eso la conversación nunca quedó atrapada en el nivel de la conducta exterior.

El Señor no comenzó hablando de sus fracasos sentimentales ni de las decisiones que la habían conducido hasta aquel presente. Comenzó hablando del agua viva. Antes de confrontar su pecado despertó su sed. Antes de señalar sus errores le mostró la posibilidad de una vida completamente nueva. Solo cuando la mujer comenzó a abrir su corazón, Jesús tocó aquellas áreas que necesitaban ser restauradas, y aun entonces lo hizo sin humillarla, sin exponerla públicamente y sin convertir su historia en un motivo de condenación.

Aquí aparece una diferencia esencial entre la mirada religiosa y la mirada del Reino. La religión suele observar el pecado para definir a la persona; Cristo contemplaba a la persona para vencer el pecado. Los religiosos reducían la identidad del ser humano a sus caídas; Jesús distinguía

claramente entre aquello que el pecado había producido y aquello que el Padre había diseñado desde el principio.

Jesús nunca confundía la enfermedad con el enfermo, ni la esclavitud con la identidad. Por eso Su gracia jamás consistió en justificar el pecado, sino en rescatar a la persona de aquello que la mantenía cautiva.

Algo semejante ocurrió con Zaqueo. Cuando aquel hombre decidió subir a un sicómoro para intentar ver pasar a Jesús, llevaba sobre sus hombros el peso de una reputación que difícilmente podía ser peor. Era jefe de publicanos, colaborador del imperio romano y símbolo de corrupción para la sociedad judía. Todos sabían quién era. Todos tenían una opinión formada acerca de él.

Su nombre despertaba rechazo antes incluso de que pronunciara una palabra. Sin embargo, cuando Jesús levantó la vista, no encontró simplemente a un recaudador de impuestos escondido entre las ramas de un árbol. Vio a un hombre cuya vida estaba preparada para ser transformada por la gracia.

El relato de Lucas resulta profundamente conmovedor porque muestra que la iniciativa no nació de Zaqueo, sino de Cristo. ***“Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa” (Lucas 19:5).*** Aquellas palabras escandalizaron a todos los presentes. ¿Cómo podía un maestro reconocido entrar voluntariamente en la casa de un pecador tan despreciado? La multitud ya había emitido su

juicio. Jesús, en cambio, veía una realidad que nadie más era capaz de contemplar.

Mientras los demás observaban el pasado de Zaqueo, Él discernía el futuro que el Padre estaba dispuesto a escribir. Y no se equivocó. Bastó un encuentro con Cristo para que aquel hombre manifestara un arrepentimiento tan profundo que decidió restituir generosamente todo aquello que había obtenido injustamente.

Es interesante observar que Jesús nunca exigió esa restitución antes de entrar en su casa. Primero ofreció comunión; luego el corazón transformado produjo frutos de justicia. La religión suele invertir ese orden. Espera cambios exteriores como condición para la aceptación.

El Reino, por el contrario, introduce primero al hombre en la experiencia del amor del Padre y, desde esa nueva relación, comienza la transformación de toda su vida. Jesús veía tan claramente el propósito de Dios sobre las personas que podía sembrar gracia allí donde otros únicamente consideraban apropiado sembrar condenación.

Algo parecido encontramos en el encuentro nocturno con Nicodemo. A diferencia de la samaritana y de Zaqueo, Nicodemo gozaba de prestigio religioso. Era maestro de Israel, fariseo y miembro del Sanedrín. Si la religión juzga por las apariencias, podría decirse que ahora Jesús tenía delante a un hombre respetable, piadoso y ampliamente reconocido.

Sin embargo, una vez más el Señor fue más allá de la superficie. Detrás de aquella brillante formación teológica descubrió una necesidad que ni siquiera Nicodemo alcanzaba a comprender plenamente, por eso le dijo: ***“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).***

Es significativo que Jesús no comenzara hablándole acerca del Reino, sino acerca de la capacidad para verlo. El nuevo nacimiento aparece aquí íntimamente relacionado con una nueva percepción. Nicodemo conocía las Escrituras, pero necesitaba una vida nueva que le permitiera contemplar aquello que la inteligencia, por sí sola, jamás podría descubrir.

Cristo discernió que el verdadero problema de aquel maestro no era la falta de información, sino la necesidad de una transformación espiritual que renovara completamente su manera de comprender a Dios.

Algo semejante sucede en el conocido episodio de la mujer sorprendida en adulterio. Pocas escenas revelan con tanta claridad el contraste entre la mirada religiosa y la mirada del Reino. Los escribas y fariseos llevaron a aquella mujer hasta la presencia de Jesús convencidos de haber construido una situación sin salida. Para ellos el caso estaba resuelto de antemano. La Ley parecía hablar con claridad y el juicio ya había sido pronunciado mucho antes de comenzar la conversación.

Sin embargo, Cristo volvió a mirar donde nadie estaba mirando. Mientras todos observaban a la mujer, Él comenzó a contemplar a quienes sostenían las piedras. Mientras todos exigían una sentencia inmediata, Él guardó silencio. Mientras todos estaban preocupados por aplicar correctamente el castigo, Jesús dejó que la verdad penetrara primero en la conciencia de cada acusador.

Aquella escena demuestra que la justicia del Reino jamás se conforma con resolver el problema visible. Siempre alcanza la raíz. El Señor no relativizó el pecado de la mujer; al despedirla le dijo claramente: ***“Vete, y no peques más”*** (Juan 8:11). Pero antes de pronunciar esas palabras había quitado las máscaras de quienes se creían moralmente superiores.

Ninguno de ellos estaba realmente interesado en la restauración de aquella mujer. Solo buscaban un argumento para acusar a Cristo. La mirada de Jesús descubrió aquello que permanecía oculto detrás del aparente celo por la santidad.

También el encuentro con el joven rico revela la extraordinaria profundidad con la que el Señor veía el corazón humano. El relato comienza diciendo que Jesús, ***“mirándole, le amó”*** (Marcos 10:21). Ese detalle resulta precioso. Antes de confrontar aquello que esclavizaba a aquel muchacho, el Evangelio aclara que la mirada de Cristo estaba llena de amor. No existía desprecio, irritación ni superioridad. Había compasión. Precisamente porque lo

amaba, no estaba dispuesto a dejarlo prisionero de aquello que ocupaba el lugar que solo Dios debía ocupar.

Aquí descubrimos otro rasgo de la visión del Reino. Jesús nunca confrontaba para demostrar que tenía razón; confrontaba para liberar. La verdad jamás fue utilizada como un arma destinada a humillar al pecador, sino como un instrumento de gracia para romper sus cadenas. Cuando corregía, lo hacía porque veía el potencial que la libertad podía despertar en esa persona. La confrontación nacía del amor, no del orgullo.

En contraste con estas escenas, los encuentros con los fariseos parecen adquirir un tono completamente diferente. Muchos lectores se sorprenden al comprobar la firmeza con la que Jesús les habló. Pronunció sobre ellos los conocidos *“¡Ay de vosotros!”*, denunció su hipocresía y expuso públicamente el peligro de una espiritualidad vacía. A primera vista podría parecer una contradicción con la misericordia demostrada hacia otros pecadores. Sin embargo, una observación más atenta revela exactamente lo contrario.

Jesús no reaccionaba contra una categoría social determinada; respondía a la condición espiritual de cada corazón. Los publicanos sabían que necesitaban misericordia; los fariseos estaban convencidos de no necesitarla. Los primeros abrían su vida para recibir la gracia; los segundos cerraban continuamente la puerta a la verdad.

La severidad del Señor nunca fue producto de la ira descontrolada. Fue la expresión del amor de Dios intentando quebrar una estructura tan endurecida que ya casi no dejaba espacio para la luz.

Resulta profundamente revelador que Cristo jamás etiquetara a las personas de manera definitiva. Aun cuando denunciaba el pecado o desenmascaraba la hipocresía, seguía viendo la posibilidad del arrepentimiento. Después de todo, entre aquellos mismos fariseos surgirían hombres como Nicodemo o José de Arimatea, que terminarían reconociendo al Mesías. Jesús nunca confundía el estado presente de una persona con el propósito eterno que el Padre podía cumplir en ella.

Al recorrer los Evangelios llegamos inevitablemente a una conclusión: Jesús veía como nadie porque amaba como nadie. Su percepción no nacía únicamente de una inteligencia superior ni de una extraordinaria capacidad para analizar el comportamiento humano. Veía correctamente porque Su comunión con el Padre era perfecta.

Nunca interpretaba la realidad desde el temor, el orgullo, la tradición o el interés personal. Todo cuanto contemplaba era iluminado por la presencia del Espíritu Santo que reposaba sobre Él. Su mirada era completamente libre de vigas y de pajas.

Ese es, precisamente, el modelo hacia el cual el Nuevo Pacto nos conduce. La obra del Espíritu Santo no tiene como

propósito convertirnos simplemente en mejores analistas del comportamiento humano, sino en hombres y mujeres que, participando de la vida de Cristo, aprendan progresivamente a contemplar la realidad desde Su misma perspectiva.

El Reino no necesita una Iglesia llena de opiniones rápidas, sino una Iglesia cuyos ojos hayan sido tan profundamente transformados por la luz del Señor que, al mirar a las personas, ya no vea únicamente su pasado, sus errores o sus apariencias, sino también la obra silenciosa que la gracia de Dios desea realizar en ellas.

Solo una mirada así puede ejercer un juicio verdaderamente justo, porque ya no nace de la carne ni de las viejas estructuras del hombre, sino de la vida de Aquel que vino al mundo para buscar y salvar lo que se había perdido.



Capítulo ocho

EL ESPÍRITU SANTO CAMBIA NUESTRA VISIÓN

Después de contemplar la extraordinaria manera en que Jesús veía a las personas, resulta inevitable que surja una pregunta en el corazón del lector. Si el Señor discernía con semejante profundidad, si era capaz de atravesar las apariencias hasta descubrir aquello que permanecía oculto a los ojos de todos, ¿es esa una capacidad reservada únicamente al Hijo de Dios o forma parte también de la herencia que el Nuevo Pacto entrega a quienes han nacido de nuevo?

La respuesta del Evangelio es tan hermosa como esperanzadora. Cristo no vino solamente a mostrarnos una forma diferente de vivir; vino a hacernos partícipes de Su propia vida. El propósito del Padre nunca consistió en dejar a la Iglesia admirando desde la distancia la perfección de Jesús, sino en conformarla progresivamente a Su imagen mediante la obra del Espíritu Santo.

Esta verdad constituye uno de los pilares más profundos del Nuevo Pacto. Con frecuencia hablamos del Espíritu Santo destacando Su poder, Sus dones o el consuelo

que brinda al creyente en medio de las dificultades. Todo ello es verdadero y profundamente necesario. Sin embargo, existe una dimensión de Su ministerio que muchas veces no recibe la atención que merece: Él ha sido enviado para enseñarnos a ver.

Su obra no consiste únicamente en fortalecernos para servir, sino en renovar silenciosamente la manera en que interpretamos la realidad. Allí donde la vieja creación reaccionaba impulsivamente, el Espíritu produce discernimiento; donde antes existía oscuridad, Él hace aparecer la luz; donde las vigas condicionaban cada conclusión, comienza a levantar la mirada de Cristo.

No resulta casual que, al despedirse de Sus discípulos, Jesús hablara insistentemente acerca de esta tarea. En el Evangelio de Juan encontramos una serie de promesas que revelan con extraordinaria claridad el ministerio del Espíritu.

El Señor declaró que Él ***“os enseñará todas las cosas”*** (Juan 14:26), ***“os recordará todo lo que yo os he dicho”*** (Juan 14:26), ***“dará testimonio acerca de mí”*** (Juan 15:26), ***“os guiará a toda la verdad”*** (Juan 16:13) y ***“tomará de lo mío, y os lo hará saber”*** (Juan 16:15). Todas estas expresiones poseen un mismo hilo conductor. El Espíritu Santo no viene a dirigir nuestra atención hacia Sí mismo, sino hacia Cristo. Su misión consiste en iluminar los ojos del creyente para que la persona del Hijo ocupe progresivamente el centro de toda interpretación.

Esto significa que la verdadera espiritualidad nunca consiste simplemente en experimentar manifestaciones sobrenaturales, por valiosas que estas sean. El mayor milagro que el Espíritu realiza no ocurre únicamente cuando sana un cuerpo, concede un don o responde una oración extraordinaria.

Su obra más profunda tiene lugar cuando transforma nuestra percepción hasta el punto de comenzar a ver la vida como Cristo la veía. Ese cambio, aunque menos visible que otros, posee consecuencias infinitamente más duraderas, porque modifica la fuente misma desde donde nacen nuestras decisiones, nuestras palabras y nuestros juicios.

Por esa razón el apóstol Pablo establece un contraste tan marcado entre el hombre natural y el hombre espiritual. ***“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”***, escribe en la primera carta a los Corintios, ***“porque para él son locura... En cambio, el espiritual juzga todas las cosas”*** (1 Corintios 2:14 y 15). Obsérvese nuevamente que el problema no reside en la capacidad intelectual.

Pablo no afirma que el hombre natural carezca de inteligencia o de razonamiento. Habla de una limitación mucho más profunda: existe una dimensión de la realidad que permanece inaccesible mientras el Espíritu no ilumine el entendimiento. No se trata de acumular más información, sino de recibir una nueva capacidad para comprender.

Esta diferencia explica por qué dos creyentes pueden leer el mismo pasaje bíblico y, sin embargo, uno de ellos descubrir en él una riqueza que el otro todavía no alcanza a percibir. La Escritura no ha cambiado. Tampoco ha cambiado el Espíritu que la inspiró.

Lo que se encuentra en proceso de transformación es la capacidad del lector para contemplar la profundidad de aquello que Dios ya ha revelado. La revelación no añade una nueva verdad a la Palabra; abre nuestros ojos para descubrir la verdad que siempre estuvo allí.

En este punto adquiere una importancia extraordinaria una de las profecías mesiánicas más bellas del Antiguo Testamento. Isaías, al describir al futuro Rey, escribe:

“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos.”

Isaías 11:2 y 3

Resulta imposible leer estas palabras sin relacionarlas con todo el recorrido que hemos desarrollado hasta aquí. El profeta presenta al Mesías como un hombre cuya percepción no dependería exclusivamente de los sentidos naturales. La fuente de Su discernimiento sería el Espíritu de Dios que reposaría permanentemente sobre Él. No juzgaría conforme

a la apariencia porque contemplaría la realidad desde una dimensión mucho más profunda.

Sin embargo, la belleza del Nuevo Pacto consiste en que el mismo Espíritu que reposó sobre Cristo ha sido derramado sobre Su Iglesia. Aquello que Isaías anunció como una característica del Mesías se convierte ahora, por la gracia de Dios, en la herencia de todos aquellos que participan de Su vida.

No porque lleguemos a ser omniscientes, sino porque comenzamos a depender de la misma Persona divina que guiaba cada paso del Señor durante Su ministerio terrenal. El Espíritu Santo continúa formando en nosotros la mente de Cristo, no mediante un proceso mágico o instantáneo, sino a través de una comunión constante que va renovando nuestra manera de pensar.

Aquí conviene detenernos un momento para comprender que la transformación de nuestra mirada no ocurre simplemente por el paso del tiempo. Hay creyentes que llevan décadas congregándose y, sin embargo, continúan interpretando la realidad desde categorías profundamente carnales.

El tiempo, por sí solo, no produce madurez. Lo que transforma es la exposición continua a la presencia de Dios. Así como Moisés descendió del monte con el rostro resplandeciente después de haber permanecido delante del Señor, también el creyente comienza a reflejar

progresivamente la perspectiva de Cristo cuando aprende a vivir en comunión con el Espíritu.

Pablo describe este proceso con palabras memorables: ***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”*** (2 Corintios 3:18). La transformación no comienza con un esfuerzo desesperado por comportarnos mejor. Comienza contemplando. Mientras miramos la gloria de Cristo, el Espíritu realiza silenciosamente una obra que ninguna disciplina humana podría producir. Nos conforma a Su imagen, y al hacerlo también va conformando nuestra manera de interpretar la vida.

Quizá por eso la oración de Pablo por los creyentes de Éfeso conserva una vigencia tan extraordinaria. Él no pide simplemente que reciban más bendiciones materiales, mayor influencia o una vida más cómoda. Ora para que ***“el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”*** (Efesios 1:17 y 18).

La petición resulta profundamente significativa. Pablo entiende que el verdadero crecimiento espiritual depende de una iluminación interior. El creyente necesita que sus ojos sean continuamente alumbrados porque el Reino no se

descubre únicamente mediante el razonamiento, sino por la revelación que el Espíritu produce en un corazón dispuesto.

Esto nos permite comprender otra verdad de enorme importancia. El Espíritu Santo no solo revela a Cristo; también revela aquello que todavía permanece oculto dentro de nosotros. Una de Sus funciones más delicadas consiste en exponer las vigas que nosotros mismos somos incapaces de advertir. Lo hace con infinita sabiduría y con la ternura propia del Padre, no para producir condenación, sino para conducirnos a una libertad cada vez mayor.

Allí donde nosotros únicamente vemos nuestras convicciones, Él nos muestra los prejuicios que aún sobreviven; donde creemos actuar por celo espiritual, descubre motivaciones mezcladas; donde pensamos que estamos defendiendo la verdad, pone en evidencia el orgullo que silenciosamente se infiltró en nuestro corazón.

Esa obra suele resultar incómoda porque confronta la imagen que tenemos de nosotros mismos. Sin embargo, constituye una de las mayores expresiones del amor de Dios. Un médico responsable no oculta la enfermedad para evitar incomodidades; la identifica con precisión para poder sanar al paciente. Del mismo modo, el Espíritu jamás expone una viga para avergonzarnos. La revela porque desea quitar aquello que limita nuestra capacidad de contemplar la gloria de Cristo y de amar a las personas como Él las ama.

Por esa razón la vida en el Espíritu produce un creyente cada vez menos apresurado para emitir juicios. No porque renuncie al discernimiento, sino porque aprende a desconfiar de sus primeras impresiones. Descubre que la realidad suele ser mucho más compleja de lo que parecía a simple vista y que el corazón humano posee profundidades que únicamente Dios conoce plenamente.

Allí donde antes reaccionaba impulsivamente, ahora aprende a esperar. Donde antes hablaba con rapidez, comienza a escuchar. Donde antes se apoyaba exclusivamente en su experiencia, aprende a depender de la dirección del Espíritu. La madurez no elimina la capacidad de juzgar; la vuelve más humilde.

Este es, quizá, uno de los frutos más hermosos de la obra del Espíritu Santo. Él no forma creyentes orgullosos de su discernimiento, sino hombres y mujeres conscientes de cuánto todavía necesitan ser iluminados. Cuanto más cerca caminamos de Cristo, menos confianza depositamos en nuestra propia percepción y más aprendemos a depender de la luz que proviene de Él.

La verdadera visión espiritual nunca produce arrogancia. Produce reverencia. Quien realmente ha comenzado a ver con los ojos del Reino sabe que toda claridad recibida es un regalo de la gracia y que, sin la presencia constante del Espíritu Santo, volvería fácilmente a contemplar la realidad a través de las antiguas vigas que Cristo vino a quitar.

Entonces comprendemos que el ministerio del Espíritu no consiste únicamente en acompañarnos durante nuestra peregrinación terrenal. Él es el gran Restaurador de nuestra mirada. Día tras día, de una manera paciente y muchas veces imperceptible, va desalojando de nuestro interior aquellas estructuras que deformaban la visión y nos introduce progresivamente en la perspectiva del Hijo.

Allí donde antes existía una mirada marcada por el temor, la sospecha, la religiosidad o el orgullo, comienza a formarse una mirada llena de verdad, de gracia y de misericordia. Esa es, en definitiva, la mirada del Reino.

Cuando una Iglesia aprende a contemplar el mundo desde esa luz, deja de reaccionar como el resto de la sociedad para convertirse verdaderamente en el cuerpo de Cristo, capaz de manifestar en medio de la historia la misma compasión, la misma sabiduría y el mismo discernimiento que distinguieron al Señor durante Su ministerio terrenal.



Capítulo nueve

UNA IGLESIA QUE VUELVE A VER

Toda obra de restauración que Dios realiza en la vida de un creyente posee inevitablemente una dimensión personal, pero jamás termina allí. El Reino nunca fue concebido como una experiencia exclusivamente individual. Desde el comienzo, el propósito del Padre ha sido formar un pueblo que exprese corporativamente el carácter de Su Hijo en medio de la historia.

Por eso, cuando hablamos de la necesidad de recuperar una visión espiritual sana, no estamos pensando únicamente en creyentes que aprendan a discernir mejor las circunstancias de su vida cotidiana. Estamos hablando de una Iglesia que vuelva a mirar como miraba Cristo, porque solamente una Iglesia que ha recuperado la claridad de su visión puede cumplir con fidelidad la misión que le fue encomendada.

Quizá uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo sea precisamente este. Durante décadas hemos invertido enormes esfuerzos en perfeccionar métodos, estrategias, programas, estructuras y modelos de crecimiento. Hemos

aprendido a comunicar mejor, a administrar con mayor eficiencia y a utilizar herramientas que generaciones anteriores jamás imaginaron. Todo ello puede resultar útil cuando ocupa el lugar correcto. Sin embargo, existe un peligro silencioso que acompaña a toda época de desarrollo: creer que la eficacia puede sustituir a la revelación.

Una Iglesia puede disponer de excelentes recursos y, aun así, interpretar equivocadamente la realidad espiritual que la rodea. Puede multiplicar actividades mientras pierde sensibilidad; puede aumentar su influencia social mientras disminuye su capacidad de discernir la voz del Espíritu; puede hablar cada vez más fuerte y, sin embargo, ver cada vez menos.

Las Escrituras muestran repetidamente que los momentos más decisivos de la historia del pueblo de Dios no estuvieron determinados por la abundancia de recursos, sino por la claridad de la visión. Abraham salió de su tierra porque aprendió a mirar una ciudad cuyo arquitecto y constructor era Dios. Moisés renunció a los privilegios de Egipto porque contempló al Invisible.

Los profetas pudieron permanecer firmes en medio de generaciones rebeldes porque veían aquello que el resto del pueblo era incapaz de percibir. Los apóstoles transformaron el mundo conocido no porque poseyeran poder político ni influencia económica, sino porque después de Pentecostés comenzaron a contemplar todas las cosas desde la perspectiva del Reino. La historia de la Iglesia siempre

cambia cuando Dios encuentra hombres y mujeres cuyos ojos han sido iluminados por Su presencia.

Esto nos lleva a una pregunta profundamente práctica. ¿Cómo sería una comunidad cristiana cuyos ojos hubieran sido verdaderamente restaurados por el Espíritu Santo? ¿Qué diferencias produciría esa transformación en la vida cotidiana de la Iglesia? La respuesta no se encuentra únicamente en un cambio de actividades, sino en una manera completamente nueva de interpretar la realidad.

Una Iglesia que vuelve a ver ya no entiende el evangelismo como una simple campaña destinada a aumentar estadísticas. Comienza a contemplar a las personas con la misma compasión con la que Cristo contemplaba a las multitudes. El Señor declaró que estaban ***“como ovejas que no tienen pastor”*** (Mateo 9:36). Esa descripción revela mucho más que un análisis social; expresa la mirada del Reino.

Donde otros veían masas anónimas, Jesús discernía seres humanos profundamente necesitados del cuidado del Padre. El evangelismo deja entonces de ser una obligación religiosa para convertirse en la consecuencia natural de una mirada transformada. Quien realmente ve a las personas como Dios las ve, difícilmente pueda permanecer indiferente frente a su necesidad.

Lo mismo ocurre con el discipulado. Durante mucho tiempo se lo ha entendido principalmente como un proceso

de transmisión de conocimientos. Sin embargo, el Nuevo Pacto nos muestra algo mucho más profundo. Jesús no dedicó tres años únicamente a informar a Sus discípulos; dedicó ese tiempo a cambiar radicalmente la manera en que ellos interpretaban la vida.

Cada conversación, cada milagro y cada corrección tenían como objetivo desalojar las antiguas categorías con las que habían aprendido a pensar e introducirlos progresivamente en la lógica del Reino. Discipular nunca consistió solamente en enseñar doctrinas correctas; consistió en formar una nueva mirada. Después de todo, una persona puede memorizar perfectamente un conjunto de verdades bíblicas y continuar observando la realidad desde las mismas vigas que gobernaban su vida antes de conocer a Cristo.

Quizá por eso el ministerio pastoral también necesita ser continuamente examinado a la luz de esta enseñanza. Una Iglesia que ha recuperado la visión espiritual ya no corrige únicamente conductas; procura discernir aquello que las produce. Comprende que detrás de muchas actitudes visibles existen heridas profundas, estructuras religiosas, temores, falsas identidades o años de interpretaciones equivocadas.

El pastor deja entonces de comportarse como un inspector encargado de detectar errores para convertirse en un padre espiritual que ayuda a restaurar la visión de sus hijos. La corrección continúa siendo necesaria, porque el amor jamás renuncia a la verdad, pero esa verdad deja de ser utilizada como un instrumento de condenación y se

transforma en una medicina destinada a devolver claridad a los ojos del corazón.

Esta perspectiva cambia incluso la manera de predicar el Evangelio. Una Iglesia que vuelve a ver comprende que el propósito de la predicación no consiste simplemente en transmitir información religiosa, sino en abrir espacio para que la luz de Cristo ilumine el entendimiento de quienes escuchan. Pablo lo expresa con extraordinaria precisión cuando afirma:

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.”

2 Corintios 4:6

La predicación auténticamente apostólica no busca impresionar al oyente con la capacidad del expositor; procura conducirlo hasta el lugar donde el Espíritu Santo pueda revelar a Cristo. Cuando eso ocurre, la transformación deja de depender exclusivamente de la persuasión humana y comienza a producirse por la acción misma de la luz divina.

Una Iglesia que ha recuperado la claridad de su visión también aprende a relacionarse de una manera diferente con la cultura que la rodea. Durante siglos el pueblo de Dios ha oscilado entre dos extremos igualmente peligrosos. En algunos momentos buscó aislarse completamente del mundo por temor a contaminarse; en otros procuró parecerse tanto a

la cultura que terminó perdiendo su identidad. Ninguno de esos caminos refleja la perspectiva del Reino.

Jesús nunca huyó de los pecadores, pero tampoco permitió que el espíritu de la época determinara Su manera de pensar. Caminó entre ellos sin confundirse con ellos. Los amó profundamente sin dejar de anunciar la verdad. Participó de sus mesas sin adoptar sus valores. Esa extraordinaria libertad solamente es posible cuando la mirada permanece gobernada por el Padre y no por las presiones del entorno.

Quizá uno de los ámbitos donde esta necesidad resulta más evidente sea el uso de las redes sociales. Nunca antes la Iglesia había tenido la posibilidad de comunicar el Evangelio con una velocidad semejante. Sin embargo, el mismo instrumento que puede convertirse en un canal de bendición también puede transformarse en un espacio donde las vigas de nuestra generación se multiplican con extraordinaria facilidad.

Las plataformas digitales premian muchas veces la reacción inmediata, la confrontación permanente y las opiniones formuladas antes de comprender plenamente los hechos. El Reino, en cambio, nos llama a otro espíritu. Una Iglesia que vuelve a ver no siente la necesidad de responder a cada polémica ni de emitir juicios apresurados sobre toda noticia que circula. Aprende a distinguir entre aquello que merece una respuesta y aquello que únicamente busca alimentar el ruido de una sociedad acostumbrada a hablar sin escuchar.

Esta actitud no nace de la indiferencia, sino del discernimiento. Jesús nunca reaccionó frente a cada provocación. En numerosas ocasiones eligió el silencio cuando comprendía que las preguntas no buscaban la verdad sino la confrontación. Otras veces respondió con una sola frase que desarmó por completo la lógica de Sus adversarios. Su autoridad no dependía de la cantidad de palabras pronunciadas, sino de la claridad con la que veía la intención de los corazones.

La Iglesia necesita recuperar esa misma sabiduría. No toda discusión merece nuestra energía. No toda provocación requiere una respuesta. No toda opinión necesita ser contestada. Muchas veces el mayor acto de discernimiento consiste precisamente en guardar silencio hasta que la luz del Espíritu permita hablar con la oportunidad, la verdad y el amor que glorifican a Cristo.

Esta nueva manera de ver también transforma la forma en que enfrentamos las crisis sociales. Vivimos en una generación marcada por la incertidumbre, la polarización, el miedo y la fragmentación. Resulta fácil quedar atrapados por el clima emocional que domina cada época. Sin embargo, la Iglesia ha sido llamada a contemplar la historia desde una perspectiva mucho más elevada.

No porque ignore el sufrimiento humano ni minimice la gravedad de los acontecimientos, sino porque sabe que el Reino de Dios continúa avanzando aun cuando los reinos de este mundo parezcan tambalearse. Mientras otros solamente

ven caos, el creyente aprende a discernir las oportunidades que el Espíritu abre para manifestar la esperanza del Evangelio.

Todo esto nos conduce a una conclusión profundamente importante. Una Iglesia que vuelve a ver deja de ser simplemente una organización religiosa para convertirse nuevamente en una comunidad profética. Conviene aclarar que al hablar de una dimensión profética no nos referimos únicamente al ejercicio de un don espiritual, sino a una comunidad que ha recuperado la capacidad de interpretar la realidad desde la perspectiva del cielo.

Los profetas del Antiguo Testamento no fueron hombres extraordinarios porque pudieran anunciar acontecimientos futuros. Lo fueron porque contemplaban el presente con los ojos de Dios. Discernían aquello que el resto del pueblo todavía no alcanzaba a ver. La Iglesia está llamada a ejercer esa misma función en medio de la sociedad contemporánea. No siguiendo las corrientes de opinión, sino iluminándolas con la verdad del Reino.

Quizá esa sea una de las mayores necesidades de nuestro tiempo. El mundo no necesita una Iglesia que simplemente repita las mismas discusiones que ocupan a la sociedad. Tampoco necesita una comunidad obsesionada con demostrar que siempre tiene razón. Lo que esta generación espera, aun sin saberlo, es encontrarse con un pueblo que posea una manera diferente de mirar.

Hombres y mujeres que sepan descubrir esperanza donde otros solo encuentran desesperación; que sean capaces de discernir personas donde el mundo únicamente observa estadísticas; que puedan contemplar posibilidades de restauración allí donde la cultura ya pronunció una sentencia definitiva.

Cuando la Iglesia vuelve a ver, también vuelve a cumplir su verdadera vocación. Jesús dijo a Sus discípulos: ***“Vosotros sois la luz del mundo”*** (Mateo 5:14). Resulta significativo que no los llamara únicamente a poseer luz, sino a ser luz. La diferencia es inmensa. La luz no discute con las tinieblas; simplemente aparece y las tinieblas retroceden. No necesita levantar la voz para demostrar su existencia. Su sola presencia cambia la realidad.

De la misma manera, una Iglesia cuyos ojos han sido sanados por el Espíritu no necesita imponerse mediante la fuerza de sus argumentos ni conquistar influencia por los métodos de este siglo. Su autoridad nace de la claridad con la que contempla a Cristo y, desde esa contemplación, aprende a mirar el mundo con la misma compasión, la misma sabiduría y el mismo discernimiento que caracterizaron al Señor.

Entonces comprendemos que el mayor aporte que la Iglesia puede ofrecer a esta generación no consiste únicamente en tener respuestas correctas, sino en poseer una mirada redimida. Porque allí donde una comunidad aprende nuevamente a ver con los ojos del Reino, la luz comienza a

abrirse paso en medio de la confusión, la verdad se expresa sin dejar de amar y la justicia deja de ser un instrumento de condenación para convertirse, una vez más, en una expresión visible del corazón del Padre.

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida...”

Filipenses 2:14 al 16



Capítulo diez

QUITAR LA PAJA DEL OJO AJENO

Llegados a este punto, resulta necesario volver al lugar donde comenzó todo este recorrido. Durante varios capítulos hemos transitado caminos que, a primera vista, podrían parecer alejados de **Mateo 7**. Hablamos de la caída del hombre, de la restauración de la visión espiritual, de la religión, de las vigas de nuestra generación, de la justicia del Reino, de la mirada de Cristo y de la obra del Espíritu Santo.

Sin embargo, nada de ello fue un desvío. Todo era necesario para regresar al mismo texto con ojos diferentes. Solo ahora estamos verdaderamente preparados para comprender aquello que Jesús quiso enseñar cuando habló de la viga y de la paja.

Existe un detalle que con frecuencia pasa inadvertido. El Señor nunca dijo que la paja debía permanecer en el ojo del hermano. Tampoco enseñó que el amor consistía en ignorar aquello que dañaba la vida de los demás. Mucho menos afirmó que toda corrección fuera una forma de intolerancia espiritual. Por el contrario, Sus palabras concluyen con una invitación sorprendente:

“Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.”

Mateo 7:5

La expresión ***“entonces verás bien”*** constituye el verdadero centro de todo el pasaje. El problema nunca fue la paja en el ojo ajeno. El problema tampoco fue el acto de quitarla. El problema era la incapacidad para verla correctamente mientras la propia mirada permanecía deformada. Jesús no elimina el ministerio de restauración; lo hace posible. No anula el discernimiento; lo purifica. No prohíbe ayudar al hermano; enseña cuál debe ser la condición espiritual de quien desea hacerlo.

Este detalle cambia completamente nuestra comprensión del texto. Durante mucho tiempo algunos interpretaron estas palabras como si Cristo hubiera querido construir una comunidad donde nadie pudiera exhortar a nadie, donde toda observación fuera considerada una forma de juicio y donde el amor consistiera simplemente en dejar que cada persona siguiera su propio camino.

Sin embargo, esa idea resulta imposible de armonizar con el resto del Nuevo Testamento. Los apóstoles exhortaron, corrigieron, consolaron, animaron, confrontaron y restauraron continuamente a las iglesias. Pablo corrigió a Pedro cuando su conducta comprometía la verdad del Evangelio. Santiago exhortó con firmeza a quienes vivían una fe meramente intelectual. Juan llamó a discernir los espíritus. El propio Señor, después de Su resurrección,

dirigió palabras de corrección a varias de las iglesias del Asia Menor. La restauración nunca desapareció de la vida del pueblo de Dios. Lo que cambió fue la manera en que debía ejercerse.

La diferencia entre la religión y el Reino no consiste en que uno corrige y el otro no. La diferencia radica en el lugar desde donde nace la corrección. La religión suele corregir para demostrar superioridad; el Reino corrige para devolver la vida.

La religión denuncia con facilidad porque necesita confirmar su propia justicia. El Reino restaura porque recuerda permanentemente la misericordia que primero recibió. Quien ha experimentado la paciencia de Dios difícilmente se acerque al hermano con arrogancia. La memoria de la gracia se convierte en el mejor antídoto contra la dureza del corazón.

No deja de ser significativo que Jesús utilice una paja como imagen del problema del hermano. Una paja es pequeña, frágil, casi insignificante cuando se la compara con una viga. Sin embargo, cualquiera que haya tenido una diminuta partícula dentro del ojo sabe cuán dolorosa puede resultar. El Señor no minimiza el sufrimiento ni el problema.

La paja necesita ser retirada. Produce molestia, limita la visión y, si permanece allí, puede terminar dañando el ojo. La restauración sigue siendo necesaria. Lo extraordinario del pasaje es que Jesús dedica mucho más tiempo a hablar de

quien pretende ayudar que del problema de aquel que necesita ayuda. Porque para Dios nunca es indiferente la condición espiritual del restaurador.

Quizá aquí encontremos una de las mayores diferencias entre el Reino y los sistemas humanos. El mundo suele preocuparse principalmente por la eficacia de las soluciones. Dios comienza examinando el corazón de quien las propone.

Antes de preguntarse si una corrección es doctrinalmente correcta, el Reino pregunta desde qué espíritu será realizada. Antes de evaluar la exactitud de las palabras, examina la condición de los ojos que inspiraron esas palabras. Porque una verdad pronunciada desde el orgullo puede producir tanto daño como un error sostenido con ignorancia.

Pablo comprendía profundamente este principio cuando escribió a los creyentes de Galacia: ***“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”*** (Gálatas 6:1). Resulta llamativo que el apóstol no defina la espiritualidad por la cantidad de conocimientos acumulados ni por la intensidad de determinadas experiencias religiosas.

El creyente verdaderamente espiritual es aquel que sabe restaurar con mansedumbre. ¿Y de dónde nace esa

mansedumbre? Precisamente de la conciencia de que él mismo continúa dependiendo cada día de la gracia de Dios. La restauración deja de ser un ejercicio de superioridad para convertirse en un acto de solidaridad entre personas que viven sostenidas por la misma misericordia.

Esto explica por qué Jesús nunca humilló públicamente a quienes buscaban sinceramente a Dios. Incluso cuando confrontaba el pecado, lo hacía preservando la dignidad de la persona. La verdad jamás fue utilizada como un espectáculo. Su objetivo no consistía en avergonzar, sino en sanar.

En cambio, los dirigentes religiosos parecían encontrar cierta satisfacción en exponer públicamente las debilidades ajenas. Habían olvidado que la finalidad de la disciplina divina nunca es la destrucción del hombre, sino su restauración. El Padre poda la vid para que lleve más fruto; el cirujano abre una herida para devolver la salud; el pastor corrige porque desea proteger la vida de las ovejas. Toda intervención de Dios nace siempre del amor.

Quizá por eso el Nuevo Pacto reemplaza la lógica de la acusación por la lógica de la intercesión. Satanás es presentado en las Escrituras como ***“el acusador de nuestros hermanos”*** (**Apocalipsis 12:10**). Cristo, en cambio, aparece como nuestro Abogado delante del Padre (**1 Juan 2:1**). Ambos conocen perfectamente nuestras debilidades, pero reaccionan de manera completamente opuesta. Uno acusa para destruir; el otro intercede para restaurar. Esta diferencia

revela dos maneras radicalmente distintas de mirar al ser humano.

Quien contempla a las personas con los ojos del Reino nunca disfruta descubriendo sus errores. Si necesita confrontarlos, lo hace con lágrimas antes que con satisfacción, con dolor antes que con orgullo y con esperanza antes que con condenación.

En este punto resulta oportuno recordar el episodio en el que Pedro preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar a su hermano. La respuesta del Señor desbordó por completo los límites del pensamiento humano: ***“No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mateo 18:22)***. Con frecuencia interpretamos estas palabras únicamente como una enseñanza acerca del perdón, pero también revelan la manera en que Cristo veía a las personas.

Solo quien contempla el inmenso valor de un ser humano puede perseverar tanto tiempo trabajando por su restauración. El Reino nunca reduce a una persona al peor momento de su historia. Siempre deja abierta una puerta para que la gracia escriba un capítulo nuevo.

Sin embargo, conviene evitar un malentendido igualmente peligroso. La misericordia jamás elimina la verdad. Amar no significa llamar bien a aquello que Dios llama pecado. Restaurar no consiste en relativizar la santidad. Jesús perdonó a la mujer sorprendida en adulterio, pero

también le dijo: “*No peques más*”. Ambas afirmaciones pertenecen inseparablemente al Evangelio.

Una gracia que nunca confronta termina convirtiéndose en permisividad; una verdad que nunca ama degenera en legalismo. El Reino mantiene unidas ambas dimensiones porque ambas se encuentran perfectamente unidas en la persona de Cristo.

Tal vez aquí aparezca una de las evidencias más claras de que una viga ha sido realmente quitada de nuestros ojos. Ya no sentimos la necesidad de tener siempre la última palabra. Dejamos de experimentar esa secreta satisfacción que produce demostrar que otro estaba equivocado.

Comenzamos a alegrarnos más por la restauración del hermano que por la confirmación de nuestras propias opiniones. El amor sustituye lentamente a la necesidad de vencer discusiones, porque la prioridad deja de ser ganar un argumento y pasa a ser ganar una vida.

Esta transformación modifica profundamente la vida de la Iglesia. Los conflictos dejan de convertirse en campos de batalla donde cada uno procura defender su posición y pasan a ser oportunidades para que la gracia manifieste su poder restaurador. Las diferencias doctrinales se abordan con humildad, reconociendo que todos seguimos creciendo en el conocimiento del Señor. La disciplina eclesial recupera su sentido pastoral y deja de ser un mecanismo de exclusión. Los líderes aprenden a acompañar procesos en lugar de

limitarse a emitir sentencias. Y toda la comunidad comienza a respirar un ambiente donde la verdad y el amor ya no aparecen enfrentados, sino abrazados en la persona de Jesucristo.

Quizá ese sea el mayor milagro que produce una mirada sanada por el Espíritu. La Iglesia deja de parecerse a un tribunal y comienza nuevamente a parecerse a un hospital. No porque ignore la gravedad de la enfermedad, sino precisamente porque conoce el poder del Médico.

Quien ha sido sanado nunca desprecia al enfermo. Quien fue rescatado del barro difícilmente mire con arrogancia a quien todavía lucha por salir de él. La memoria de la gracia recibida se convierte en el fundamento de toda restauración auténtica.

Entonces comprendemos finalmente las palabras de Jesús. La viga nunca fue el destino final del pasaje; era el obstáculo que impedía llegar al verdadero propósito. El Señor no quería formar una Iglesia incapaz de corregir. Quería formar una Iglesia capaz de restaurar. No buscaba creyentes silenciosos por temor a juzgar, sino discípulos cuya visión hubiera sido tan profundamente purificada por la luz del Reino que cada una de sus palabras naciera de la compasión, de la verdad y del amor.

Porque solamente quien ha permitido que Dios sane primero sus propios ojos puede acercarse al dolor del hermano sin aumentar su sufrimiento. Solo quien fue

iluminado por la gracia puede convertirse en instrumento de esa misma gracia. Solo quien aprendió a ver como Cristo está verdaderamente preparado para ayudar a otro a recuperar la claridad de su mirada.

Y quizá esa sea, después de todo, la finalidad más hermosa del Evangelio: formar un pueblo de hombres y mujeres que, habiendo sido restaurados por la luz del Reino, vivan ahora para conducir a otros hacia esa misma luz que un día transformó para siempre su manera de ver.



CONCLUSIÓN

Cuando abrimos las primeras páginas de las Escrituras encontramos una escena que, probablemente, todos hemos leído innumerables veces y que, sin embargo, nunca deja de revelar nuevas profundidades. La tierra estaba desordenada y vacía. Las tinieblas cubrían la faz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.

Todo parecía sumido en el caos, pero antes de comenzar a ordenar aquel universo, antes de separar las aguas, antes de hacer aparecer la vegetación, antes de colocar las luminarias en el firmamento y antes de crear al hombre, Dios pronunció una sola palabra que cambiaría para siempre la historia de la creación: *“Sea la luz”*.

No deja de resultar significativo que la primera intervención divina sobre el caos no consistiera en imponer orden, sino en hacer aparecer la luz. El orden vino después. La vida apareció después. La belleza llegó después. Todo comenzó cuando la luz irrumpió en medio de las tinieblas. Quizá allí se encuentre una de las imágenes más profundas de toda la obra redentora.

El Evangelio nunca comienza modificando la conducta del hombre, comienza encendiendo una luz. Con demasiada frecuencia hemos intentado producir orden allí donde todavía no ha aparecido la luz. Hemos procurado corregir comportamientos, cambiar costumbres, reformar estructuras

e incluso mejorar personas que todavía continúan viendo la realidad desde la oscuridad de la vieja creación. Sin embargo, Dios jamás invierte el orden de Su propia obra. Primero ilumina. Después transforma.

Así ocurrió en el principio, así ocurrió cuando Cristo vino al mundo, y así continúa ocurriendo cada vez que un hombre nace de nuevo. El apóstol Pablo comprendió esta verdad cuando escribió:

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.”

2 Corintios 4:6

Obsérvese cuidadosamente la comparación. El mismo Dios que habló sobre el caos primitivo continúa pronunciando hoy aquella palabra creadora sobre el corazón humano. La regeneración no constituye simplemente una mejora moral. Es un nuevo acto creador. Allí donde todo permanecía confundido, la luz vuelve a aparecer.

A lo largo de este libro hemos recorrido un camino que comenzó con una pregunta acerca del juicio y terminó conduciéndonos hasta la necesidad de una nueva manera de ver. Descubrimos que la verdadera dificultad nunca estuvo en la existencia de la paja, sino en la presencia de la viga. Comprendimos que las vigas no son únicamente pecados

visibles, sino estructuras invisibles que deforman nuestra percepción.

Aprendimos que la religión puede construir una mirada incapaz de reconocer al mismo Cristo que dice esperar. Descubrimos que nuestra generación también posee sus propias vigas, quizá menos evidentes, pero igualmente capaces de impedirnos contemplar la realidad desde la perspectiva del Reino.

Finalmente entendimos que el Espíritu Santo no ha sido enviado solamente para consolarnos o fortalecernos, sino para restaurar progresivamente nuestros ojos hasta conformarlos con la mirada de Jesucristo.

Sin embargo, quizá la enseñanza más importante de todas sea esta: Dios nunca quiso simplemente que viéramos mejor. Quiso que aprendiéramos a ver con Sus ojos.

Existe una diferencia enorme entre ambas cosas. Podemos mejorar nuestra capacidad de análisis y continuar viendo desde nosotros mismos. Podemos adquirir mayor experiencia ministerial y seguir interpretando la realidad mediante nuestras viejas categorías. Podemos perfeccionar nuestros argumentos teológicos sin abandonar las estructuras interiores que durante años condicionaron nuestra percepción. Nada de eso constituye todavía la visión del Reino.

El propósito del Nuevo Pacto no consiste en perfeccionar la vieja mirada del hombre, consiste en reemplazarla por la mente de Cristo. Solo entonces comprendemos que la verdadera restauración nunca comenzó en nuestros ojos, comenzó en el corazón del Padre.

Mucho antes de que nosotros buscáramos aprender a verlo correctamente, Él ya nos contemplaba a través de la obra perfecta de Su Hijo. Cuando aún estábamos lejos, nos vio con ojos de gracia. Cuando todavía permanecíamos atrapados por nuestras propias tinieblas, nos contempló a la luz de Su propósito eterno. Cuando otros únicamente podían señalar nuestros fracasos, Él ya veía la nueva creación que surgiría por medio de Cristo.

Quizá esa sea la razón por la que Jesús nunca confundió a las personas con aquello que las esclavizaba. Él veía lo que el Padre veía. Y ahora, mediante el Espíritu Santo, nos invita a participar de esa misma mirada.

El mundo en que vivimos necesita justicia, pero no cualquier clase de justicia. Necesita una justicia iluminada por la misericordia. Necesita verdad, pero una verdad pronunciada desde el amor. Necesita discernimiento, pero un discernimiento libre del orgullo, de la autosuficiencia y de la dureza que tantas veces han caracterizado a la religión.

Sobre todo, necesita una Iglesia que haya recuperado la capacidad de ver. No una Iglesia fascinada por la polémica. No una Iglesia apresurada para opinar. No una Iglesia

obsesionada con demostrar que siempre tiene razón. Necesita una Iglesia cuyos ojos hayan sido tan profundamente transformados por la luz de Cristo que cada palabra pronunciada refleje el corazón del Padre.

Después de todo, la misión de la Iglesia nunca fue convertirse en el fiscal del mundo, fue convertirse en su luz. La luz jamás necesita imponerse, simplemente aparece, y cuando aparece, las tinieblas comienzan a retroceder.

Quizá ese sea el mayor desafío de nuestra generación. No hablar más fuerte que los demás, sino ver más claramente que los demás. No multiplicar nuestras opiniones, sino profundizar nuestra comunión con Aquel que es la Verdad. No responder impulsivamente a todo cuanto ocurre, sino aprender a contemplar la historia desde el lugar donde Cristo está sentado a la diestra del Padre, gobernando todas las cosas conforme a Su propósito eterno.

Entonces descubriremos que las vigas comienzan a desaparecer sin hacer ruido. No porque nosotros las hayamos derribado con nuestras propias fuerzas, sino porque la luz posee una extraordinaria capacidad para desalojar aquello que las tinieblas construyeron durante años. Ninguna habitación necesita luchar contra la oscuridad cuando una lámpara es encendida. Basta con que la luz aparezca para que las sombras pierdan inmediatamente su dominio.

Tal vez esa sea la imagen con la que Dios quiera que terminemos este recorrido. Un hombre cuya mirada ha sido

restaurada. Una Iglesia cuyos ojos vuelven a contemplar a Cristo. Y un mundo que, al observar esa Iglesia, ya no encuentra solamente personas capaces de hablar acerca de la luz, sino hombres y mujeres que se han convertido, por la gracia del Señor, en verdaderos portadores de ella.

Porque cuando la luz vuelve a ocupar el lugar que siempre le perteneció, el orden comienza a restaurarse, la vida florece donde antes reinaba la muerte y el Reino de Dios se hace visible en medio de una generación que había aprendido a vivir entre sombras. Entonces se cumple nuevamente la palabra del Señor:

“Vosotros sois la luz del mundo.”

Mateo 5:14

Una Iglesia que ha aprendido a mirar con los ojos de Cristo no solo ilumina el camino de quienes todavía buscan la verdad; también se convierte en el testimonio viviente de que el Evangelio sigue teniendo poder para hacer lo mismo que hizo en el principio: decir sobre el caos de este mundo, y sobre el caos del corazón humano, ***“Sea la luz”***, y ver cómo todo comienza nuevamente a cobrar sentido bajo el resplandor del Reino de Dios.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

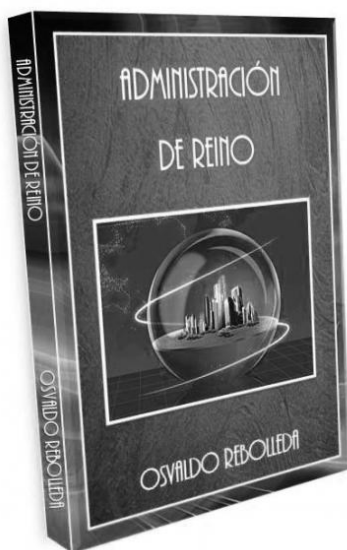
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

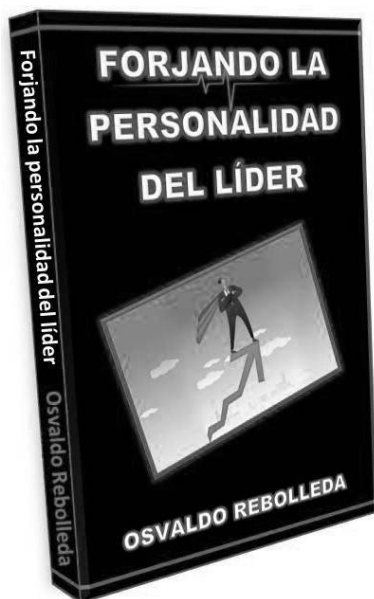
Y hasta lo último de la tierra.

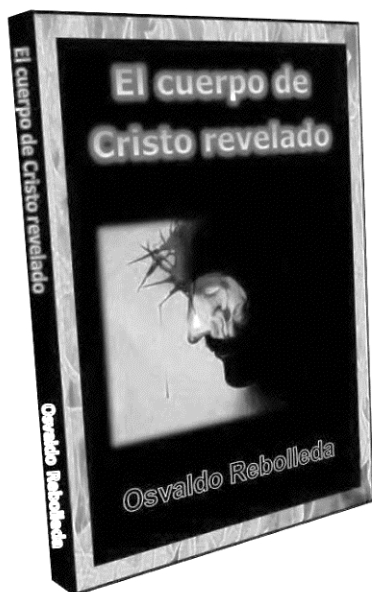
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

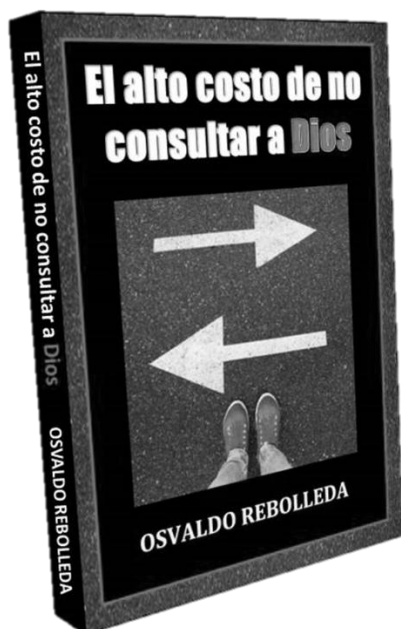


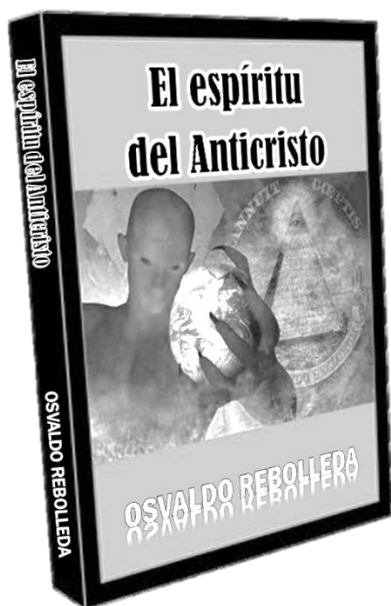
www.osvaldorebolleda.com



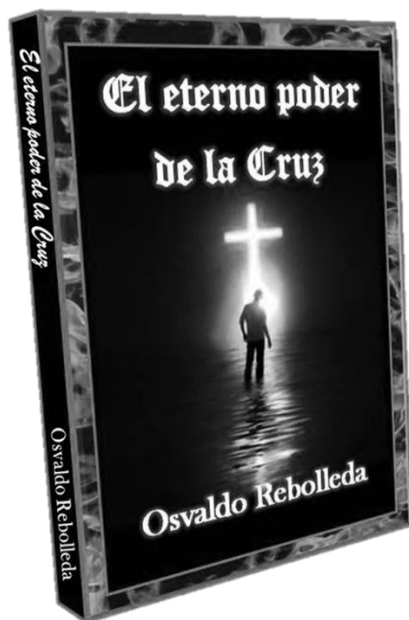
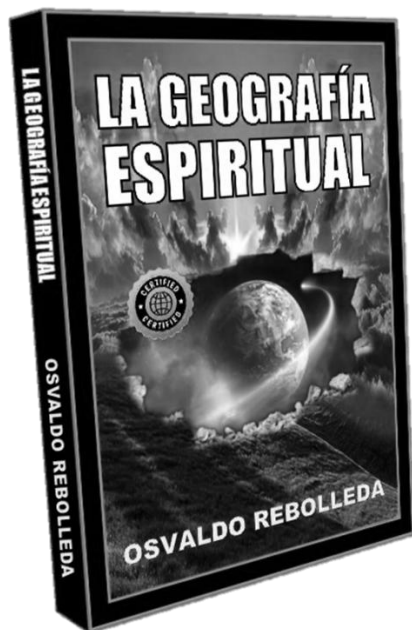


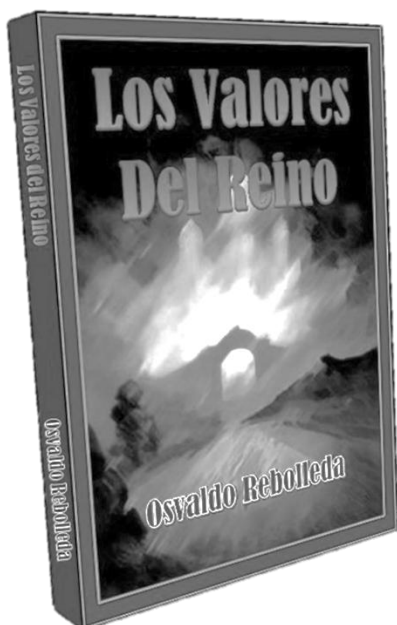
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

